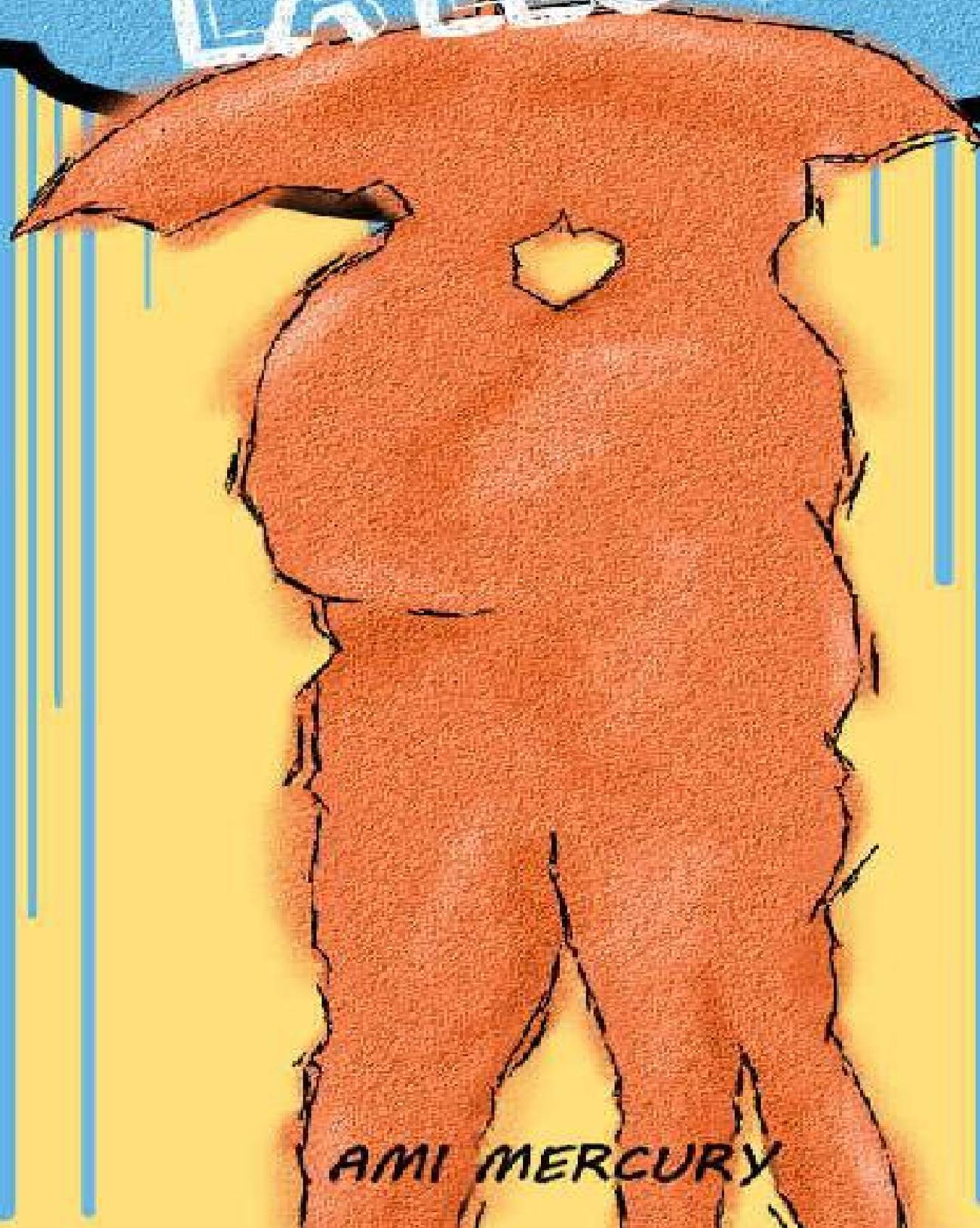


# EL CHICO BAJO LA LLUVIA



AMI MERCURY

# EL CHICO BAJO LA LLUVIA

*Ami Mercury*

© Ami Mercury, 2019

Portada: Ami Mercury

«El chico bajo la lluvia» y su portada están registrados bajo licencia Safe Creative.  
Queda prohibida la copia o plagio de los mismos, total o parcial, así como su venta o distribución sin permiso expreso de la autora.

El 30 de septiembre de 1997, Alicante, mi ciudad natal, sufrió una de las peores inundaciones del siglo veinte. El fenómeno meteorológico conocido como «gota fría» se da generalmente en otoño o primavera, cuando el aire polar frío choca contra el cálido del mediterráneo y genera una tormenta. Es lo que sucedió entonces. Se registraron ciento cincuenta y seis litros de agua por metro cuadrado en hora y media y hasta doscientos setenta en seis horas; muchos barrios y algunas localidades cercanas quedaron incomunicados, hubo graves desperfectos por toda la ciudad y cinco víctimas mortales.

A mí, como a uno de los protagonistas de esta historia, me echaron del instituto y tuve la gran suerte de que mi zona no fue de las más afectadas; aun así, recuerdo la angustia de andar con el agua por debajo de las rodillas y sin ver por dónde pisaba.

Cuando perfilé el argumento de «El chico bajo la lluvia», supe que tenía que escribir sobre aquel día.

*A cualquiera que la lluvia le haya arrebatado algo.*

El limpiaparabrisas funcionaba a pleno rendimiento sin lograr su cometido, que era el de despejar el agua de la luna del coche. Crispadas sobre el volante, las manos de Lorenzo sudaban y temblaban con los nudillos pálidos por la tensión. Él, echado hacia delante en su asiento y con los ojos entornados, intentaba sin demasiado éxito ver con claridad lo que tenía enfrente. En el cristal trasero, una placa verde con una letra ele en color blanco, alertaba no solo de su aún escasa experiencia al volante, sino también de su mala suerte. Y es que Lorenzo había aprobado el examen de conducir hacía solo una semana.

Aquella mañana del último día de septiembre, como siempre desde el inicio del curso, se había levantado con tiempo de sobra para desayunar, recoger todo lo necesario para la jornada y llegar a la parada del autobús número veinticuatro con destino a la universidad. Cosas de la vida, la casualidad quiso que, justo ese día y no otro, encontrara a su disposición un medio de transporte más cómodo.

Su padre se había sentido mal desde la noche anterior. Acusaba algo de mareo, fatiga y náuseas y lo achacaba a un simple bajón de tensión porque, a pesar de que el mes de septiembre ya terminaba, el calor seguía apretando fuerte. Obstinado como era, no quiso acudir a urgencias y prefirió llamar a su empresa y tomarse el día libre. Así, y ya que el coche familiar quedaba libre para esa jornada, Lorenzo sugirió llevárselo y Juan le dio permiso desde el sofá y con el mando de la televisión en la mano.

—Ten cuidado, que parece que va a llover —lo alertó Catalina, su madre.

—Pero para la tarde ya lo habrás traído, ¿no? —quiso saber Arantxa, su hermana mayor —. A la tarde me va a hacer falta a mí.

—Sí, teta<sup>[1]</sup>, no te preocupes.

Con las llaves del coche en una mano, las de casa en la otra y la mochila colgada al hombro, Lorenzo salió creyendo que aquel iba a ser un día como cualquier otro.

Empezó a temerse que no sería así nada más alzar la vista cuando puso un pie en la calle.

No había visto un cielo tan negro en toda su vida. Era como contemplar una placa de hormigón allá arriba. Las nubes, casi negras, no dejaban pasar el más mínimo rayo de sol y la luz matutina se resistía a alcanzar la ciudad por lo que, a las ocho y media, las luces del alumbrado permanecían encendidas y los vehículos iluminaban la calzada con sus faros. Al contemplar el panorama, Lorenzo empezó a plantearse si de veras era buena idea coger el coche. Pero algo de optimismo sumado a las palabras que, imaginó, su padre le dedicaría, le hicieron seguir adelante con el plan inicial y caminar hasta donde el vehículo estaba aparcado.

Juan se encargaba de evitar que perdiera la costumbre de conducir una vez se sacó el carnet. Según él, no solo se curtiría en la materia si conducía a menudo el viejo coche —un Renault 5 con nada menos que veinte años a sus espaldas—, sino que debía hacerlo en cualquier circunstancia posible: de día, de noche, con calor, con frío y, por supuesto, con lluvia. Esta última no había tenido oportunidad de enfrentarla todavía y por eso imaginaba a Juan alentándolo a que no se dejara amilanar por el chaparrón que iba a caer con toda probabilidad.

Dos horas más tarde de aquel momento, no dejaba de arrepentirse de no haber seguido ese primer impulso de dejar el coche aparcado.

El trayecto a la universidad no tuvo nada fuera de lo común. Algo menos de atasco a la entrada y una sorprendente facilidad a la hora de encontrar aparcamiento cerca de la escuela politécnica, además de la densa penumbra que, según pasaban los minutos, se iba haciendo más y más pesada. Por lo demás, nada digno de mencionar. Sin embargo y a pesar de ello, no podía evitar sentirse nervioso y pronto descubrió que no era el único.

Las clases comenzaron con normalidad a las ocho. El ambiente reinante en su grupo, de normal perezoso a esas horas, resultaba tenso. Los nervios podían palpase cada vez que los ojos se dirigían al cielo a través del cristal de la ventana y los primeros comentarios acerca de la meteorología no se hicieron de rogar:

—Va a caer la del pulpo —se oía por ahí.

—Está más negro que el sobaco de un grillo —replicaba otra voz.

—Hoy salimos en canoa —apostaba otra.

Y así, entre bromas y frases hechas, los compañeros trataban de echar algo de humor a esa jornada de aspecto tétrico.

Al comienzo de la segunda hora, ya nadie tenía más ganas de chistes.

La alarma que Lorenzo había conseguido mantener a raya se disparó del todo gracias a una frase que, aunque su emisor lo ignoraba en esos momentos, tenía tintes proféticos:

—Esto tiene pinta de gota fría.

Y la tenía. Lo era, de hecho, porque apenas media hora después del comentario dicho con la boca pequeña y la garganta tensa, el cielo empezó a descargar el mayor torrente de agua que Alicante había presenciado desde mil novecientos treinta y cuatro. Pero, para ese momento, Lorenzo ya se encontraba en el coche de vuelta a casa.

Aún no había caído una gota cuando, contra toda prudencia y desoyendo los consejos de sus amigos y compañeros, decidió saltarse el resto de clases de la mañana y regresar al domicilio familiar con su padre. Pensó que tal vez podría necesitar transporte hasta el hospital si seguía encontrándose mal. Empezó a llover tras veinticinco minutos al volante y Lorenzo pudo asegurar que jamás en sus diecinueve años de vida había visto nada parecido.

Era, literalmente, como si vaciaran cubos y cubos de agua sobre el asfalto. De un momento al siguiente, todo cuanto veía a su alrededor pasó de estar seco a estar completamente empapado. Fue tanta la angustia que se apoderó de él al verse allí atrapado en el tráfico y sin atreverse a abandonar el vehículo y correr a guarecerse en el primer sitio con techo que encontrara, que llegó a derramar incluso algunas lágrimas. Fueron fruto más del nerviosismo que de un terror real y logró contenerse en apenas unos minutos, en cuanto el siguiente coche lo apremió con el claxon para que continuara la marcha. Así que tomó aire, lo expulsó despacio, acercó un poco más el asiento al volante y reemprendió el trayecto con los nervios a flor de piel y la esperanza de llegar a casa sin contratiempos lo antes posible.

Allí encerrado, con la vista fija en los faros del coche de delante y todo el cuerpo en tensión, no podía ni imaginarse la forma en que aquel temporal asolaría la ciudad. De haber optado por quedarse en la universidad, muy posiblemente habría tenido que ser rescatado, pues todo el complejo quedó anegado al igual que gran parte de San Vicente del Raspeig, el municipio donde aún hoy en día se encuentra. Y eso podría no haber sido lo peor.

No mucho después, el camino recorrido por Lorenzo para volver a casa se convirtió en un torrente que arrastraba todo a su paso. El asfalto cedió en varios puntos y se crearon socavones tan profundos que albergaron a uno o varios vehículos llevados por el agua hasta caer en su interior. Hubo viandantes que no lograron soportar la fuerza de la riada; cuatro de ellos ni siquiera lo pudieron contar. Varias localidades cercanas, así como barriadas de la ciudad, quedaron incomunicadas y sin suministro eléctrico. Los garajes y sótanos se llenaron de agua, los bajos comerciales se vieron obligados a achicar y algunos de ellos presenciaron cómo el agua subía hasta un metro de altura o más.

Aquella mañana, impotente, Alicante se ahogaba.

Pero Lorenzo, aterrado en su Renault, no llegó a imaginar hasta dónde iba a alcanzar aquel

desastre, pues no solo tenía en mente como única preocupación el llegar a casa lo más pronto posible, sino que pudo superar el atasco no sin dificultad, aunque sí sin contratiempos.

La primera vez que se le cruzó por la mente que aquella tormenta era peor de lo que creía, fue al abandonar la avenida de Novelda, que comprendía buena parte de su trayecto, y desviarse por la avenida del Conde Lumiares. Toda la plaza de Altozano se había convertido en un enorme remolino de agua de más de diez centímetros de profundidad. El torrente bajaba con más fuerza desde la calle Aureliano Ibarra, chocaba con el que llegaba de la calle Ceres y continuaba hacia abajo por la empinada avenida hasta estancarse varios metros más abajo en la plaza de las Américas o, como la mayoría de los alicantinos la conocían, la plaza de las pizzas. Circular por aquella rotonda fue una buena prueba de valor. Podía sentir la resistencia que el agua ejercía en el vehículo y temía que entrara hasta el motor y lo estropeará. Intentaba ocuparse la mente en una única meta: la de salir de allí. Y tan centrado estaba en dicha tarea que por poco pasó de largo cuando lo vio.

Caminaba por la acera o por donde se suponía que esta debía seguir bajo toda el agua: un chaval calado hasta los huesos, abrazado a su mochila y con la espalda encorvada. Desde luego, no era el primer viandante que había divisado aquella mañana, pero sí el único que no corría, que no tenía aspecto de esperar llegar pronto a dondequiera que fuese su destino y, sobre todo, que no parecía tenerlas todas consigo a la hora de mantenerse en pie. Antes de adelantarlo con el coche, lo vio tambalearse al cruzar la calle, ya que las intersecciones alrededor de la plaza se convertían en una suerte de rápidos que no convenía atravesar. No, al menos, si se trataba de alguien tan enclenque como aquel chico.

Lorenzo lo pensó unos segundos. Disminuyó una velocidad que ya era lenta de por sí al pasar por su lado y a punto estuvo de dejarlo atrás, pero enseguida supo que no podría. No olvidaba que quería llegar a casa cuanto antes, pero ¿y si ese chico estaba en apuros? ¿Y si necesitaba su ayuda y él, simplemente, pasaba de largo? Lorenzo era de los que siempre echaba una mano cuando hacía falta; sabía bien que no tenía para ofrecer más que la relativa seguridad de un coche viejo, pero ya era más de lo que el chico tenía en esos momentos. Y, si caminaba por allí, no podía vivir lejos, pensó. Sí, le ofrecería llevarlo a casa y luego iría a la propia sin entretenerse más.

Así que acercó el vehículo a un lado, se soltó el cinturón y se inclinó hacia el asiento del copiloto para abrir la puerta.

—¡Eh, chaval! —le gritó. El ruido de la lluvia era ensordecedor—. ¡Eh, oye! ¡Corre, entra!

El chico, que miró a su alrededor antes de localizar la procedencia de la voz, ni siquiera dudó un instante antes de correr hacia el coche y no se detuvo hasta haber entrado y cerrado la puerta.

—¡Ostras, muchísimas gracias! —Fue lo primero que dijo—. De verdad, me ha cogido la lluvia en la calle y..., madre mía, cómo te estoy poniendo el coche.

—No importa, hombre. ¿Estás bien?

—Sí..., bueno, mojado —bromeó el chico, cuya voz más bien transmitía miedo.

A Lorenzo no le extrañaba. Él mismo estaba nervioso a pesar de considerarse relativamente a salvo bajo techo. A ese chico había estado a punto de llevárselo la corriente.

—En serio, de verdad —insistió—. Muchas gracias, si no llegas a aparecer, a saber cómo habría acabado.

—No hay de qué. Lo haría cualquiera.

—No, no lo haría cualquiera.

Antes de que el otro continuara hablando y ante el peligro de que el agua entrara por el tubo de escape, Lorenzo reanudó la marcha.

El chico, vestido con una camiseta ancha a franjas blancas y verdes, se frotaba los brazos y goteaba por todas partes. El pelo, corto y rubio, se le pegaba a la frente y hasta las largas pestañas estaban cubiertas de diminutas gotas sobre unos ojos color azul. Lorenzo estimó que no tendría más de dieciséis años.

—¿No hay instituto?

El otro negó con la cabeza.

—Han parado las clases a segunda hora y nos han echado.

—¿Cómo que os han echado?

—Sí, yo me habría quedado allí hasta que amainara, pero el conserje ha ido clase por clase a cerrar las puertas y luego, a los que estábamos en el vestíbulo, nos ha obligado a irnos.

—Dios mío, qué irresponsabilidad. Con la que está cayendo es una locura salir a la calle.

El chico se encogió de hombros mientras, con las manos y sin éxito, trataba de secarse un poco.

—Ah, coge la sudadera que tengo ahí atrás, si quieres. No te preocupes. Te llevo a casa, ¿vale? ¿Dónde vives?

—En la pirámide<sup>[2]</sup>.

El muchacho, tras un fugaz vistazo al asiento trasero, cogió la prenda a la que Lorenzo había hecho alusión y la empezó a usar para secarse cuanto le fue posible.

—¿En la pirámide? ¿Y qué hacías por esta zona? Te pilla lejos.

—Voy al politécnico.

—¿Qué dices? ¿Y has venido andando desde allí? —preguntó Lorenzo, alarmado.

—No, solo desde la plaza de toros. Ahí, el conductor del autobús nos ha hecho bajar.

—Es increíble.

—Por eso digo que cualquiera no me habría recogido. De hecho, lo he intentado algunas veces y la gente pasaba de largo, no han tenido ni cuidado de no salpicarme. Aunque, por como llueve, da exactamente lo mismo de dónde venga el agua.

—Bueno, confieso que yo también he estado a punto de pasar de largo, pero porque tengo a mi padre enfermo en casa. No es grave, pero prefiero que tenga el coche disponible, por lo que pueda pasar.

—No, si lo entiendo. Esta lluvia..., da miedo.

—Pero de no ser por lo de mi padre, ni lo habría pensado. No sé, es lo lógico.

—Eres un buen tío —aseguró el chaval—. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Lorenzo. ¿Y tú?

—Manuel. Manu, mejor, y nunca Manolo.

Lorenzo emitió una risa ligera. Su avance por la calle anegada era lento y torpe, pero al menos no había corrientes por donde iba en esos momentos. Manuel terminó de secarse tanto como pudo y, al no saber dónde dejar la sudadera, Lorenzo le indicó que la volviera a echar al asiento de atrás.

Se mantuvieron en tenso silencio los siguientes minutos. Al salir a la avenida de Jijona, tuvieron un gran susto cuando, con el agua por más de la mitad de las ruedas, el coche se vio ligeramente arrastrado hacia la derecha. Lorenzo, con su poca experiencia como conductor, no tuvo ni idea de cómo consiguió mantener el control y llegar hasta la calle Jaime Segarra, que era la que tenía justo enfrente y en la que la velocidad y la fuerza del agua volvían a ser menores. En ese fatal trayecto, vio por el rabillo del ojo a Manuel agarrarse con fuerza a su mochila y lo oyó

proferir un gemido. No podía negar que estaba asustado y no le culpaba. Él mismo también sucumbiría al miedo de no estar sus sentidos volcados en la conducción, así que, para aliviar un poco la angustia, buscó por todos los medios un tema de conversación.

—¿Y qué estudias?

—Bachillerato de ciencias —respondió Manuel, intentando disimular lo asustado que estaba.

—¡Ah! Creí que irías aún a la E.S.O.

—No; estoy en primero.

—Yo estoy en primero de carrera, no nos llevamos mucho. ¿Cuántos años tienes? Yo diecinueve.

—Dieciséis. ¿Qué carrera haces?

—Arquitectura técnica.

—¿Y mola?

—No está mal, no me quejo. ¿Tú qué vas a estudiar?

Manuel volvió a encogerse de hombros. Hacía un momento que había abierto su mochila y extraía ahora, con cuidado de no mojar la tapicería, algunos libros y libretas empapados. Bufó con fastidio.

—No lo sé aún. Cogí ciencias porque las letras se me dan fatal, pero quitando eso, ni idea.

—¿No hay nada que te gustaría hacer? ¿Nada que te dé curiosidad?

—No, nada. No me gusta mucho estudiar, saco nota y tal, pero todo con tal de no escuchar a mis padres. Son muy pesados con ese tema.

—Bueno, tú tranquilo. Seguro que tarde o temprano encontrarás algo. Y, si no, puedes meterte en algún ciclo superior que no te disguste y tenga salidas.

—Ah, no, eso sí que no. Mis padres están empeñados con la *uni*. Ellos no pudieron ir, no tengo hermanos y ya sabes. «Queremos para ti lo que no pudimos tener nosotros» —parafraseó—. Solo que, más que quererlo, me lo imponen.

—Supongo que solo quieren lo mejor para ti.

—Ya —concedió Manuel, aunque muy poco convencido.

—¿Y cómo estudias tan lejos? Hay institutos más cerca, a ti te correspondería el Jaime II, ¿no?

Manuel guardó silencio unos segundos antes de responder; Lorenzo temió haber tocado un tema delicado y así lo confirmó al fin la respuesta, que llegó en un tono más serio que el que había mantenido hasta entonces:

—En realidad, es la casa de mis abuelos; me estoy quedando allí un tiempo, pero no me he cambiado de *insti* por los colegas y eso.

—Claro —concedió Lorenzo.

No quiso preguntar más por si estaba invadiendo demasiado su intimidad. Prefirió guardar silencio y concentrarse en conducir.

El lento transcurrir del tiempo se dejó notar más que nunca por culpa de la poca distancia recorrida. Cerca de cuarenta minutos le llevó a Lorenzo avanzar por toda Jaime Segarra hasta la plaza de Pio XII y, una vez allí, se le cayó el alma a los pies.

El agua bajaba por San Mateo como si de un río se tratase. Había arrastrado con ella varias motocicletas, un par de contenedores de basura y un buen montón de escombros. Todo aquello formó una suerte de barricada al encontrarse con la valla que delimitaba la rotonda del centro de la plaza. Si Lorenzo quería continuar recto, debía atravesar por ese punto y, si daba un

rodeo, temía que el agua los volviera a arrastrar.

Así que observó alrededor con el coche de nuevo detenido, sopesó sus opciones y se cargó de valor para tomar una decisión.

—Vamos —susurró para sí con el objetivo de darse ánimos.

Metió la primera marcha, agitó las manos con energía para liberar algo de tensión de sus doloridos músculos y volvió a tomar el control. Avanzó muy despacio. De nuevo, pudo sentir que la fuerza del agua desestabilizaba el coche y empezó a recitar mentalmente toda la teoría que aún recordaba de cuando se examinó. Debió subirse a la acera para esquivar la barricada y así recorrió los siguientes metros hasta alcanzar Padre Esplá. Allí, el valor que se había infundado se desvaneció.

Manuel gimoteó y Lorenzo rechinó los dientes cuando el agua se salió con la suya y los arrastró un par de metros en la dirección opuesta a la que querían tomar. El corazón le bombeaba con fuerza dentro del pecho, pero se obligó a sí mismo a ser fuerte: su acompañante parecía completamente aterrado y sabía que no llegarían ninguna parte si ambos sucumbían al miedo.

—Manu. —Pronunció su nombre tan firmemente como le fue posible—. Manu, tranquilo. No va a pasar nada, ¿vale?

Lo vio asentir por el rabillo del ojo con toda su atención puesta en lo que tenía enfrente y en mantener el coche revolucionado para no perder el control por completo.

—Vamos, vamos, vamos —murmuró, como si en realidad el viejo Renault pudiera oírlo.

Y casi dio esa sensación porque el coche dio un tirón en ese momento y avanzó un metro por donde Lorenzo quería y no por donde el agua pretendía llevárselo. Fue algo violento y Manuel, temblando, lo agarró del antebrazo. A Lorenzo no le importó: si así se tranquilizaba, que le agarrara tan fuerte como necesitara.

—Siento..., haberte metido en esto —dijo, al borde de las lágrimas.

—No te disculpes. Me alegra haberte recogido; de no hacerlo, habrías... ¡Ah!

Algo colisionó en la parte de atrás del coche y asustó a Lorenzo, que retomó la frase en cuanto pudo porque no quería dejarse llevar por el pánico.

—Si no te hubiera recogido, habrías venido por aquí andando.

En cuanto las dijo, se arrepintió de inmediato de sus palabras, pues Manuel no pudo aguantar el tipo por más tiempo y empezó a sollozar. Lorenzo supuso que acababa de comprender que había estado a punto de encontrarse en un serio peligro. Y era cierto. No quiso comprobarlo, pero la verdad era que, si hubiera ido Manuel a pie, el agua en ese punto le llegaría a las rodillas y no habría tenido fuerza suficiente para sostenerse debido a su constitución delgada.

—Tranquilo —le instó.

Sin pensarlo, guiado por un fuerte sentimiento de protección hacia él, le puso la mano derecha en la rodilla. Manuel le rodeó la muñeca con ambas manos, no para apartársela sino porque el contacto lo tranquilizaba un poco.

—Vamos a llegar a tu casa, ¿vale? Vas a llegar, vas a darte una buena ducha y le vas a pedir a tu abuela que te prepare un vaso de leche con chocolate.

Manuel asintió en silencio.

—¿Cómo se llama tu abuela?

—Flor. —Carraspeó, pues apenas le había salido un hilo de voz—. Se llama Flor.

—¿Y tu abuelo?

—Manuel.

—Así que te llamas Manu por él, ¿no?

—Sí, mi..., mi madre eligió el nombre.

—Seguro que tu abuelo se puso muy contento. ¿Te llevas bien con él?

—Sí. Él... Ellos, mis abuelos, son los únicos que... Bueno, me llevo mejor con ellos que con mis padres.

De nuevo Lorenzo supo que había algo que Manuel prefería no contar. Y no importaba: no dejaban de ser dos desconocidos unidos por la calamidad. Lo que importaba era seguir haciéndole hablar para que se tranquilizara y para no ponerse más nervioso él mismo.

Así, con más preguntas y respuestas insulsas, lograron superar el trance y Lorenzo consiguió llevar el coche hasta el otro lado de la rotonda. Allí el agua corría con menos fuerza. Tanto era así que los vehículos aparcados a ambos lados de la calle continuaban en su lugar, algo que no podía decirse de aquellos estacionados en las calles San Mateo y Padre Esplá.

Notó cómo los dedos de Manuel se destensaban en torno a su muñeca y decidió soltarlo, de repente algo cohibido por el contacto físico inconsciente. No fue el único que se sintió incómodo: ambos guardaron silencio durante los siguientes minutos y Manuel también se mostró algo más distante en ese lapso. Pero recordaron pronto que la conversación, fuera o no forzada, les ayudaba a mantener la calma. Fue Manuel esta vez quien la inició.

—Llevas la ele.

—Sí, me saqué el carnet en octubre del año pasado —mintió Lorenzo.

Lo hizo sin titubear. Bastante mal lo estaba pasando Manuel como para sumar la preocupación de encontrarse a merced de la poca experiencia de un conductor novel. Si podía hacerle creer que lo tenía todo bajo control, mejor que mejor, y no tuvo muy claro si la mentira había colado o no porque el chico no reaccionó ni para bien ni para mal. Solo se limitó a asentir y volvió a quedarse en silencio durante otro rato.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que voy a hacer —dijo al cabo, y Lorenzo lo miró extrañado unos segundos antes de volver la vista al frente.

—¿Sobre qué?

—No sé, sobre todo. Estoy un poco..., perdido.

En ese momento y dada la situación en que se encontraban, Lorenzo ni se planteó el porqué de sus palabras, pero sí tenía claro que eran sinceras. Y se preguntó cómo sería su vida para que se viera en la necesidad de confiar en un completo extraño y abrirse como lo hacía en ese instante. Luego supuso que era fruto de la angustia y la necesidad de mantener la mente ocupada y decidió prestarle sus oídos y brindarle todo el apoyo que necesitara, si es que era eso lo que buscaba.

—¿Es por lo que me has dicho de los estudios?

—En parte. Y..., no sé —repitió, esta vez con un nuevo encogimiento de hombros—. No me veo de adulto, en plan independiente con mi casa y mi familia y todo eso. Mis amigos saben más o menos lo que quieren estudiar, tienen una meta y yo..., pues no. Ni siquiera voy a tener familia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no la voy a tener y ya está.

Otra vez Lorenzo supo que Manuel ocultaba algo y fue la vez que más claro lo tuvo desde que lo recogiera. Quería preguntarle, pero ¿era prudente? ¿Adecuado, incluso? Porque había empezado a sospechar algo, pero decirlo iba a ser meterse demasiado en su intimidad. Y, de no haber tenido ese momento incómodo poco antes, podía simplemente disculparse si Manuel se molestaba, pero el contacto inconsciente y la forma en que ambos lo habían interrumpido hacían que la pregunta no formulada resultara de lo más inapropiado o, como mínimo, malinterpretable.

Y es que Lorenzo no sentía ningún tipo de atracción por él. La diferencia de edad era

poca, pero no por ello dejaba de considerarlo un crío que, por la tremenda inseguridad que demostraba, despertaba en él ternura, paternalismo y cierta empatía pero nada más. Así que, si sus sospechas acerca de que el chico era homosexual eran ciertas, bien podía pensar que lo estaba intentando seducir y no era cierto en absoluto.

Así que decidió respetar su silencio y encauzar la conversación para poder brindarle ese apoyo sin tocar temas delicados.

—Mira, si aceptas un consejo, yo dejaría de preocuparme por eso. Todos nos dicen que estudiemos, que nos saquemos una carrera, que trabajemos. Luego que si el piso, que si la boda, los críos... Y yo digo que no hay por qué hacer caso. Cada uno tiene su ritmo, hay gente que lo tiene muy claro desde bien pronto y gente que simplemente se deja llevar, y ambas opciones están bien. No dejes que los demás marquen tu ritmo, Manu.

—¿Y tú? ¿Tú eres de los que lo tienen claro?

—¿Yo? Qué va —respondió Lorenzo, que no pudo evitar mostrarse divertido ante la idea—. Yo no supe en qué carrera meterme hasta que tuve la nota de la selectividad, me metí en la autoescuela porque a veces mi madre necesita que mi padre la lleve y él no siempre puede, y no tengo prisa por irme de casa. Me iré, claro, porque no voy a seguir toda la vida haciéndole a mi madre lavarme la ropa, pero me da igual cuándo.

—Pues yo sí quisiera estar toda la vida con mis abuelos.

—Pero sabes que no te van a durar para siempre, ¿verdad?

Manuel asintió. Aunque Lorenzo no quería ser duro, no tenía sentido meterlo en una burbuja de irrealidad. Eso sería de lo más contraproducente y era lo que menos necesitaba en su situación. Por suerte, el muchacho no estaba tan cegado a ese respecto como aparentaba.

—Claro que lo sé. Solo te digo que me gustaría. Me gustaría que todo se quedara como está ahora, sin tener que cambiar nada, pero no soy tan tonto como para creer que va a ser así.

—Pues ¿sabes qué creo yo?

—¿Qué?

—Creo que cuando lleguen esos cambios, los aceptarás mejor que cualquiera porque no los habrás forzado. Dejarás que pasen, actuarás en consecuencia y seguirás adelante con tu vida. Y luego volverás la vista atrás y te preguntarás cuándo demonios ha ocurrido todo.

—¿Tú crees?

—Sí; estoy seguro.

—¿Y no es malo eso?

—No tiene por qué. Es lo que te he dicho: cada uno tiene su ritmo. Lo importante es que, cuando te llegue el momento de tomar decisiones importantes, lo hagas sin precipitarte y parándote bien a contemplar todas tus opciones.

—¿Y si no tomo las decisiones correctas?

—En ese caso —Lorenzo alzó los hombros—, todo tiene solución en la vida. Si te equivocas solo necesitas rectificar y, por como creo que eres, afrontarás tus errores con entereza y actuarás en consecuencia.

—Creo que te has hecho una imagen demasiado buena de mí —dijo Manuel en tono pesimista.

—O igual eres tú quien tiene una imagen demasiado mala de sí mismo.

—Como si tuvieras puta idea. No me conoces.

Lorenzo supo de inmediato que había dado en la diana por las palabras malsonantes y dichas entre dientes de Manuel. No le sentaron mal. Se recordaba a sí mismo a su edad y no difería del estado actual del chico. Ese humor cambiante, los complejos y el enfado con el mundo

eran muy propios de la edad. Era una fase y Manuel la superaría como él hizo y como casi todo el mundo, pero sabía que no querría escucharlo de sus labios ni de los de nadie, así que prefirió dejarlo estar. Lo único que Manuel necesitaba era tiempo y tiempo era algo que ni Lorenzo ni nadie podrían darle porque transcurriría de todos modos.

La conversación murió en ese punto y no la retomaron, ni siquiera como método para mantener los nervios a raya. Por suerte para ellos, aunque la lluvia aún era torrencial, caía con algo menos de violencia. Pudieron empezar a relajarse, así que, cuando el coche decidió que había tenido suficiente agua por el día y no arrancó más, el pánico no volvió a hacer acto de presencia.

Habían llegado al fin al hospital Perpetuo Socorro. Tras conducir con lentitud, desviarse de su dirección para alcanzar las zonas menos anegadas y menos peligrosas, y avanzar a duras penas entre un mínimo de dos palmos de agua embarrada y repleta de escombros y basura, el Renault se caló en mitad de un profundo charco y Lorenzo no consiguió arrancarlo de nuevo. Lo intentó una y otra vez, accionó el contacto con el embrague pisado a fondo y dejó que el motor chillara durante minutos antes de darse por vencido.

—Mierda. Parece que hasta aquí hemos llegado.

—Bueno, estoy al lado.

Lorenzo miró a su alrededor, reticente. El agua cubría hasta arriba de los neumáticos y no se distinguía el suelo un poco más allá de donde se habían quedado. Algunos borboteos justo enfrente de ellos delataban una alcantarilla abierta por la que una persona podía caerse, por no mencionar la cantidad de objetos potencialmente peligrosos que la lluvia arrastraba. En efecto, la pirámide quedaba cerca, pero era una absoluta locura ir andando.

—Creo que lo más sensato sería quedarnos aquí por lo menos hasta que deje de llover.

Manuel bufó. Estaba claro que no le gustaba la idea, pero el miedo continuaba ahí a pesar de haber sido capaz de mantenerlo a raya.

—Tú ya podrías haber llegado a tu casa si no me hubieras recogido.

—Deja de darle vueltas a eso.

—Ya.

Lorenzo quitó las llaves del contacto y las dejó en el salpicadero. Echó el asiento hacia atrás con un suspiro de resignación y estiró un poco las piernas. Tenía los gemelos agarrotados, sobre todo el izquierdo por conducir tanto rato a medio embrague. Giró los talones y las muñecas y se abanicó un poco con la mano: ahí dentro hacía calor. Manuel, por su parte, miró a través de la ventanilla y centró su atención en el transcurrir del agua alrededor del coche. Ni un alma se aventuraba a ir caminando a esas horas. Ya no quedaba nadie por las calles a quien la lluvia hubiera cogido de sopetón y aquellas que, como ellos, iban en coche cuando la cosa empezó a ponerse fea, o bien ya habían llegado a su destino o habían corrido su misma suerte o peor. En todo caso, en esos momentos la ciudad parecía haberse quedado en pausa, expectante a que la inclemente lluvia decidiera que ya era hora de dejarla respirar. Afuera, a pesar del sonido del agua y del de algunas sirenas, el silencio era pesado y agobiante. Lorenzo y Manuel, en el interior del coche, no se atrevieron a romperlo.

Pasaba la una de la tarde cuando, tímidamente, la ciudad empezó a despertar. Sin atreverse aún a salir, vieron cómo algunos viandantes abandonaban sus casas ataviados con chubasqueros, botas de agua y paraguas que de poco servían, pues el cielo aún no se había descargado del todo. Manuel empezaba a agobiarse tras tanto tiempo allí metido y se mostró algo inquieto al ver el movimiento.

—Debería aprovechar ahora —comentó, no del todo seguro.

Lorenzo se mordió el labio inferior. Observaba el tímido bullicio no sin cierta cautela, y no podía negar que él también deseaba salir, respirar un poco de aire y llegar a cualquier sitio en donde sentirse completamente a salvo. Pero no se fiaba.

Sobre ellos, el cielo continuaba del mismo color oscuro que a primera hora y la fuerza con que corría el agua había disminuido considerablemente. Intentó barajar opciones. Tenía muy claro que no iba a perder de vista a Manuel hasta dejarlo sano y salvo en la puerta de su casa. Todos los negocios que tenían a una distancia segura habían echado el cierre. El hospital quedaba al otro extremo de la plaza en que se encontraban y, aunque era buena idea llegar andando hasta él y mantenerse a salvo del agua gracias a los escalones que lo precedían, debían recorrer varios metros sin ver el suelo. Y la idea de llamar a alguna vivienda y pedir asilo no le gustaba: creía en la generosidad de las personas, pero no quería molestar a nadie.

—No sé, Manu. Creo que lo mejor sería no movernos de aquí por ahora.

—¡Pero si casi no llueve! Y mira, hay gente. No creo que pase nada ya.

Lorenzo volvió a mirar al cielo. No ocultaba una expresión preocupada, sentimiento que transmitió a Manuel a pesar de las ganas que este tenía de correr hacia casa. Tamborileó con los dedos en el volante. La duda acerca de si se estaba pasando de cauteloso estaba ahí. Lorenzo no se creía en posesión de la verdad, por supuesto, así que daba por hecho que Manuel podía tener razón y él estar equivocado. Pero esa mañana había hecho caso a su instinto y, gracias a ello y casi con total seguridad, había salvado una vida. Y su instinto le decía que no debían alejarse de donde estaban.

—Es que no me atrevo a ir solo hasta casa —dijo Manuel al cabo, como si necesitara darle algún tipo de explicación.

—No; ni te dejaría que fueras. Yo te acompaño, pero no estoy del todo tranquilo.

Devolvió la mirada a las escaleras del Perpetuo Socorro. Manuel tenía su parte de razón: si había un momento idóneo para salir a la calle, era ese. La violenta lluvia se había convertido en una llovizna más débil y la fuerza del agua ya no era suficiente como para arrastrar a una persona. Tenía la prueba ante él, con las decenas de peatones que caminaban a su alrededor sin muchas dificultades. Y llevaban incomunicados varias horas; ambos debían llamar a sus respectivas familias que debían estar angustiadas.

—Vale —decidió al fin—. ¿Vamos hasta allí con mucho cuidado? Si vuelve a llover, estaremos seguros y, además, podremos llamar a casa y yo a una grúa.

—¿Hasta allí? —Manuel miró en la dirección indicada: el hospital—. ¿No nos echarán?

—No lo creo. Mira, y si nos echan, nos quedamos por fuera de la entrada; no pueden obligarnos a irnos de allí. ¿Te parece?

Manuel asintió despacio. Había deseado salir del coche cuanto antes, pero ahora volvía a acobardarse y a Lorenzo no le extrañaba. Entre rachas de lluvia fina y dispersa, las había de gruesos goterones que sonaban contra el capó del coche como si fueran piedras. Lorenzo se lo tuvo que pensar varias veces antes de decidirse de una vez por todas.

Ambos cogieron sus cosas. Con las mochilas a la espalda y los sentidos alerta, esperaron al momento en que las gotas cayeran más ligeras y Lorenzo le hizo una señal para que no se moviera de su asiento. Acto seguido, salió del vehículo, cerró con llave la puerta, lo rodeó por delante y abrió la de Manuel. El agua le llegaba a las pantorrillas y estaba fría.

—Vamos, ten cuidado —le advirtió, ofreciéndole una mano a modo de apoyo que Manuel rechazó.

Una vez cerrada también esa puerta y tras una última comprobación para asegurarse de tener los faros apagados y las luces de emergencia encendidas, miró a ambos lados y comenzó a

caminar en dirección al hospital.

No habían recorrido ni la mitad del trayecto cuando la tormenta empezó a apretar de nuevo. En cuestión de segundos, volvía a llover tan fuerte o más como en los peores momentos. Las gotas gruesas se convirtieron en una cortina de agua y Lorenzo y Manuel pasaron de estar tan solo húmedos a completamente empapados.

Entonces el miedo venció a la prudencia y, sin pensar más que en la seguridad de una zona alta y techada, Lorenzo le cogió la mano a Manuel y gritó fuerte para que lo oyera por encima del estruendo de la tormenta:

—¡Corre!

No se detuvieron hasta haber subido los ocho peldaños que separaban el edificio del remolino que empezaba a formarse frente a él, y no soltaron las manos hasta un poco más tarde.

—¿Estás bien? —le preguntó Lorenzo entre jadeos.

—Sí —respondió el otro, y se empezó a reír.

No era una risa exagerada y se notaba que a través de ella libraba los nervios que había estado conteniendo desde hacía rato. Al final, consiguió contagiar a Lorenzo y no pararon de reír hasta un rato más tarde. La escena era digna de ver: dos chavales completamente empapados con un ataque de risa en la puerta de un hospital mientras en la calle volvía a caer una violenta tromba de agua. No fue de extrañar que los miraran raro en cuanto entraron.

La recepcionista, una mujer de unos cuarenta años, de aspecto pulcro y ataviada con una bata blanca con el logotipo del hospital en el bolsillo, alzó una ceja mientras miraba en su dirección. Lorenzo y Manuel se quedaron quietos al atravesar las puertas.

—Buenos días —saludó el primero. La mujer no contestó—. ¿Podemos pasar?

—Estáis chorreando.

—Ya.

Ante la obviedad que acababa de decir la mujer, ambos se miraron con cierto escepticismo, como si necesitaran comprobar con sus propios ojos que, en efecto, estaban mojados. Como si la ropa pegada al cuerpo y las gotas que no cesaban de caerles por todas partes no fueran suficientes.

—¿Necesitáis algo?

—Pues aparte de resguardarnos de la lluvia, si pudiéramos llamar por teléfono...

—Hay una cabina en la cafetería —dijo ella, señalando hacia las escaleras a la derecha de donde Lorenzo y Manuel estaban, y se levantó de su silla en cuanto hicieron ademán de moverse—. ¡Eh! Pero no podéis ir por ahí así. ¡Lo vais a poner todo perdido!

—Bueno, es que no sé si lo has notado, pero afuera está cayendo un diluvio —replicó Manuel en tono de enfado—, y nos ha pillado de lleno.

—Ya, pero...

La recepcionista vaciló un momento antes de salir de detrás del mostrador. Tras pedirles que no se movieran con cierto fastidio debido a la actitud de Manuel, se dirigió a un pasillo a su izquierda y desapareció tras las puertas de doble batiente. Regresó al cabo de unos minutos con un par de toallas en las manos.

—El conserje no está, las de la limpieza se han ido y podría ocurrir cualquier cosa si me dejáis todo el suelo lleno de agua.

Agradecidos, aunque los motivos de la mujer no fueran generosos sino prácticos, aceptaron las toallas y procedieron a secarse tanto como les fue posible. Al menos consiguieron dejar de gotear por todas partes y con eso ella se dio por satisfecha. Ya con su permiso para adentrarse, caminaron en dirección a la cafetería, en el semisótano del edificio.

Gracias a que el hospital se encontraba en plena pendiente, el lugar estaba seco y sin peligro de inundarse. La encontraron bastante llena. Había un par de mesas ocupadas por médicos y enfermeros que comían sin conversar. También vieron a pacientes y visitantes que fumaban, bebían café o prestaban atención al televisor que informaba en directo acerca del temporal desde un rincón de la estancia. Lorenzo tragó saliva con dificultad al leer el rótulo que, bajo una sucesión de vídeos grabados a lo largo de la mañana, anunciaba una estimación de al menos una docena de muertos. La voz del hombre relataba, en el mismo tono neutro de todos los presentadores de informativos, los puntos de la ciudad en que había ocurrido algún desastre. Asimismo, intercaladas con dicha información, aparecían tomas de ciudadanos relatando su experiencia. Una mujer, al borde de las lágrimas, contó cómo tuvo que agarrarse a una farola para que no se la llevara riada. Un hombre achicaba agua sin cesar de su negocio mientras explicaba con resignación sus pérdidas materiales. Y, como aquellos dos, se sucedieron varias secuencias grabadas poco antes de que la tormenta renovara fuerzas.

Sin querer pensar en que ellos dos podrían haberse encontrado en esa misma situación o peor, Lorenzo buscó con la mirada el teléfono público.

—Llama tú primero —sugirió—. ¿Llevas dinero?

Manuel asintió y fue hacia el aparato mientras se sacaba la cartera del bolsillo trasero del pantalón. Lorenzo aprovechó para ir a la barra a pedir cambio, pues lo único que llevaba encima era un billete de dos mil. La conversación de Manuel duró poco. Le informó de que ya había avisado a sus abuelos y que estos a su vez llamarían a sus padres, y se ofreció para pedir algo mientras Lorenzo hablaba con su familia.

Le costó un par de intentos fallidos. Las líneas estaban saturadas, pues no eran pocas las personas que necesitaban contactar con sus seres queridos, y Lorenzo no supo si lo suyo fue suerte o si tenía que ver con el hecho de que estuviera llamando desde la cabina de un hospital, pero consiguió tono al tercer intento.

—¿Diga? —Su madre contestó de inmediato: estaba sentada junto al teléfono.

—Mamá, soy yo.

—¡Ay, Lorenzo! ¿Estás bien? ¡Es el nene, Juan!

Lorenzo pudo oír la voz de su padre a lo lejos, pero no entendió lo que decía.

—Estoy bien, ¿y vosotros?

—Sí, cariño. No hemos salido de casa. ¿Tú estás en la universidad?

Lorenzo procedió a contarle todo, aunque omitió los episodios más peligrosos porque, al fin y al cabo, lo que importaba es que estaba a salvo, así que no había necesidad de preocupar en vano a la buena mujer.

—¿Papá entonces está bien?

—Pachucho, pero tú no te preocupes, no te vayas a mover de allí, ¿eh?

—No, no os preocupéis. En cuanto deje de llover, acompaña a Manu y voy para casa. Pero mamá, el coche no arrancaba antes.

—Nada, ya se verá qué le pasa. Dime dónde está y que tu padre llame al seguro luego.

Tras facilitarle la ubicación del vehículo e intercambiar también algunas palabras con su hermana, cortó la llamada y volvió junto a Manuel, que lo esperaba en una de las mesas con un par de tazas humeantes de chocolate. Eso era justo lo que necesitaba.

No fue hasta media tarde que los dos chicos se aventuraron a salir al fin a la calle. El haber estado varias horas bajo techo les había hecho perder un poco la memoria y, a pesar de todo lo presenciado por la mañana, ambos se estremecieron al mirar a su alrededor y ver el estado en que todo había quedado. El agua aún seguía estancada, las calzadas y las aceras se encontraban

embarradas y los servicios de limpieza no habían comenzado a retirar los escombros y la basura que la riada había arrastrado. Era desolador y, aun así, Lorenzo y Manuel se sintieron bien. Todo había pasado. Estaban a salvo.

El Renault ya no se encontraba donde lo habían dejado. De todas formas, no habría servido de mucha utilidad ya que, después de aquel día, no volvió a arrancar. Un insignificante revés comparado con los sucesos que muy poco después afrontarían Lorenzo y su familia.

Tal y como había prometido, acompañó a Manuel hasta su casa y este logró convencerlo de subir y darse a conocer. Los abuelos de Manuel se deshicieron en abrazos y palabras de agradecimiento hacia Lorenzo, que no pudo sino sentirse abrumado: él seguía convencido de que solo había hecho lo correcto. Ni más, ni menos.

—Por favor, déjame hacer algo por ti a cambio —decía Manuel en su puerta, después de que Lorenzo se despidiera de sus abuelos.

—Que no es necesario, te lo digo en serio.

—Pero... ¡No me siento bien! Has sido muy generoso conmigo hoy y yo no tengo nada que ofrecerte a cambio.

—Eh, me has invitado al chocolate, ¿no? —Manuel emitió un resoplido que pretendía ser una risa—. De verdad, Manu, que no hace falta.

—Dame tu teléfono al menos, o tu dirección para enviar..., yo qué sé, felicitaciones de Navidad.

Lorenzo se echó a reír con ganas y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué clase de ayuda sería si la hubiera prestado para recibir algo a cambio? Para mí es suficiente compensación el haber visto cómo te han abrazado antes tus abuelos.

—Pero... —Manuel trataba de protestar otra vez.

—Está bien, vale —cedió al fin Lorenzo, y a Manuel le brillaron los ojos—. Solo haz una cosa por mí. Prométeme que la harás.

—¡Claro que sí, lo que me pidas! —accedió el chico, antes incluso de que Lorenzo dijera de qué se trataba.

—Quiero que pienses en lo que hemos hablado antes en mi coche. Y quiero que vivas sin agobiarte por cómo será el futuro y que si, por un casual encontraras esa meta que dices que no tienes, vayas hacia ella con todas tus fuerzas. ¿Lo harás?

Manuel no contestó. Con las orejas un poco rojas, bajó la mirada, apretó los brazos a los costados y se mordió el labio.

—Eh, me lo has prometido —le recordó el otro.

Manuel asintió al final en un movimiento lento y discreto, y con eso Lorenzo se dio por satisfecho. Transcurrieron algunos segundos antes de que ninguno de los dos dijera nada.

—Bueno, pues..., me voy —anunció al fin.

A decir verdad, tenía una sensación extraña. Como que no debía irse, como si estuviera dejando al pobre Manuel a su suerte sin ningún tipo de ayuda. Tuvo que pensar en sus padres y su hermana, que sin duda estarían deseando abrazarlo también. Se resistió un par de segundos más y, al fin, tras una palmada amistosa, giró sobre los talones y se encaminó hacia el ascensor.

—¡Tu teléfono, al menos! —insistió el muchacho desde su puerta, cuando ya los separaban algunos metros.

Lorenzo rio convencido de que se lo había vuelto a pedir con la intención de darle las gracias una y otra vez, y se lo negó con un «no seas pesado» dicho en tono de broma que provocó su risa. Una risa que se perdió en cuanto las puertas del ascensor se cerraron y que Lorenzo no creyó volver a escuchar nunca.

Se equivocó. Pero tendrían que pasar muchos años antes de eso.

~\*~

Lorenzo creía en el karma. Creía tan fuerte y con tanto fervor que había dedicado toda su vida hasta la fecha a acumular buenas acciones. Y nada ni nadie podía convencerle de que él solito se buscaba las desgracias que le ocurrían, que su mala suerte poco o nada tenía que ver con el hipotético caso de que existiera la reencarnación ni con que en su vida pasada seguramente hubiera sido un auténtico cabrón y por eso, en esta, recibía un revés tras otro.

Tras una infancia razonablemente feliz y una adolescencia agitada, se dio de bruces con la vida adulta la mañana de Todos los Santos del noventa y siete. Su padre, que había estado enfermo durante todo el día anterior, murió de un ataque al corazón mientras ponía la cafetera para el desayuno. Lorenzo no dejó de sentirse culpable hasta muchos años después: estuvo convencido de que, de no haberse llevado el coche a la universidad y de no haber recogido a aquel chaval en una rotonda para salvarlo de la inundación, podría haber convencido a su padre de ir a urgencias y, tal vez, podrían haber detectado a tiempo el infarto. Más tarde acabó dándose cuenta de que nada ni nadie pudo haberlo impedido: no solo los servicios de urgencias terminaron saturados por culpa de la riada, sino que el trayecto de casa al hospital quedó prácticamente intransitable. Por otro lado, la enfermedad de su padre era algo genético, así que era cuestión de tiempo. Por supuesto, también era hereditaria. Lorenzo aún no desarrollaba los síntomas, pero sí trataba de cuidarse al máximo.

Y, mientras hacía lo posible por seguir adelante con el peso que ese sentimiento de culpa le provocaba, la vida continuó. Una vida que, a decir verdad, no lo trató muy bien.

Dejó la universidad al año siguiente de la muerte de su padre. La matrícula era costosa y no le gustaba lo que hacía, por lo que decidió tirar la toalla con la esperanza de que llegaran tiempos mejores. Tiempos en los que el dinero no fuera un problema y pudiera graduarse en algo que de verdad lo llenara. Pero la vida decidió meterse en su camino y Lorenzo no tuvo otro remedio que vivirla y dejar que su torrente lo arrastrara como aquella mañana tormentosa.

Primero llegó el trabajo. Luego, el contrato indefinido y una nómina satisfactoria. Después el niño, la hipoteca, la boda. Y poco a poco se fue acomodando en una vida que vivía como si fuese un espectador y no el protagonista. Y las bofetadas de realidad continuaron llegando una tras otra sin que Lorenzo pudiera hacer nada para evitarlas.

Arantxa, sin trabajo y sin vistas de obtener nada relacionado con la carrera que había estudiado, aceptó un empleo nada menos que en Alemania. Luego se fue Catalina.

La muerte de su madre fue, quizás, la que pudo soportar mejor. Sucedió antes de que Lorenzo cumpliera treinta años y ni él ni Arantxa pudieron negar que la vieron venir desde lejos. Fue cáncer. Tanto sufrió, que cuando la médica enganchó el gotero que la iba a mantener sedada en sus últimos días, respiraron de alivio mientras se abrazaban con lágrimas en los ojos.

Luego, por si todavía no había tenido suficiente en lo que a despedidas se trataba, Paula, su mujer, decidió irse y llevarse al pequeño Juan con ella.

No es que tuvieran un matrimonio ejemplar. Él, que una vez había dado lecciones a un chaval desconocido acerca de las presiones sociales y de vivir según los estándares de otro, decidió sucumbir a todo eso y casarse con la chica a la que había dejado embarazada en lugar de

responsabilizarse de su error sin atarla ni a ella ni a sí mismo. Pero el roce hace el cariño, o eso dicen, y Lorenzo aprendió a quererla. Y Juan, que llevaba el nombre del abuelo al que no conoció, iluminaba sus días con esas sonrisas que le dedicaba, esos rizos rubios y esa lengua de trapo. Pero luego empezó a crecer y Paula decidió que su hijo estaría mejor con un padre que no gastara más de lo que podía afrontar en ayuda humanitaria y refugios de animales. Al parecer, Juan pensó lo mismo años más tarde, cuando empezó a ignorar las llamadas de su padre. No podía culparlo: Lorenzo reconocía su parte de culpa en todo aquello y suponía que era normal que su hijo estuviera enfadado con él cuando llevaba tres meses de retraso con su pensión. Pero ¿qué podía hacerle? Cobraba desempleo desde que la empresa ejecutara su primer expediente de regulación de empleo y esos pobres niños de oriente medio y los animalitos del albergue lo tenían mucho peor que él. Lorenzo quería creer que no desatendía a su hijo. Era solo el dinero lo que fallaba y pagaría hasta el último céntimo cuando encontrara empleo.

De lo que Lorenzo no se dio cuenta fue de que, en su empeño por conseguir un mundo mejor, apartó sin querer a aquellos que tenía cerca.

Por eso, a sus cuarenta y dos años, estaba completamente solo. Y Lorenzo se empeñaba en achacarlo todo al karma y al destino, porque no creía en ningún dios al que echarle la culpa de todas sus desgracias, pero tampoco estaba preparado para asumir su propia responsabilidad en la gran mayoría de ellas.

Al menos, y eso ya era un avance, sí había aprendido que primero debía mantenerse a sí mismo, luego a su propia familia y luego, si es que aún le sobraba tiempo y dinero, al resto del mundo.

Con esa lección aprendida, logró al fin una estabilidad que no había tenido en la vida y regresó a esa corriente de agua que avanzaba insondable y que él, para no ahogarse a su paso, debía dejar que lo llevara. Y sus días se convirtieron en una sucesión sin sentido de horas vacías y mensajes de *WhatsApp* sin responder.

Era diciembre. Las calles de Alicante intentaban reflejar el ambiente festivo con un presupuesto más que ajustado. Luces de colores adornaban con discreción las avenidas principales: la Rambla, con la luz mortecina de sus farolas, parecía muerta en vida y la avenida Maisonnave intentaba deslumbrar con solo un puñado de LEDs adornados sin mucho acierto. Ni siquiera las palmeras de la Explanada estaban engalanadas como merecían, pero a nadie parecía importarle. Tampoco a Lorenzo, que resistía la tentación de volver a casa en autobús o en tranvía con una bufanda calada hasta las orejas y las manos en los bolsillos.

No se encontraba del todo bien. Acarreaba un catarro desde hacía algunos días, pero no tenía fiebre. Aun así, se sentía mareado y fatigado. Su empeño por no coger el transporte público tenía varios motivos: el primero era económico. Tenía la tarjeta de abono sin viajes disponibles y no llevaba encima el euro cuarenta y cinco que costaba el billete sencillo. Tampoco había sacado esa cantidad de beneficio en la tienda en toda la jornada.

Al morir su madre, Arantxa y él heredaron el piso donde habían vivido y crecido. Cuando Paula lo dejó, Lorenzo regresó allí para quedarse y, unos años más tarde y con el permiso de Arantxa, rehipotecó su parte. Con ello, consiguió abrir una pequeña tienda cerca de Calvo Sotelo, entre una carnicería halal y un bazar chino.

Altruista y defensor de las causas perdidas como era, su negocio solo podía estar enfocado a una cosa: el ecologismo. Desde papel higiénico ecológico hasta esponjas y estropajos de luffa, pasando por jabones, utensilios de bambú, productos de higiene femenina y hasta una pequeña sección de droguería a granel. Tuvo un éxito moderado al principio y le fue bien un tiempo, pero luego el ecologismo empezó a convertirse en moda, abrió el primer supermercado en

la calle Ángel Lozano, y algunos más con mayor espacio, mayor variedad y, sobre todo, mejores precios. Claro, él no podía competir con esas franquicias y los clientes empezaron a escasear.

No obstante, su malestar poco o nada tenía que ver con la perspectiva de otra inminente cuesta arriba en su vida. Se lo intentaba tomar con filosofía y seguir adelante. Pero hoy, porque no tenía ni para el tranvía, lo de tomárselo con filosofía ya no lo veía tan claro. Así que se aferraba a su otra gran razón por la cual todos los días iba y volvía a pie: la salud. Su médico le recomendaba caminar a diario y Lorenzo, siempre preocupado por mantener su corazón en buen estado, obedecía religiosamente. Solo cuando llovía se permitía la licencia de saltarse su hora de caminata diaria y, si con un paraguas bastaba, ni eso.

Pero el corazón de Lorenzo no estaba del todo preparado para funcionar a pleno rendimiento hasta cansarse de viejo y el karma, ese en el que tanto creía, decidió darle otro revés.

Esta vez, ni siquiera se lo había buscado él.

Estaba detenido en un semáforo en rojo. El tráfico era intenso: muchos volvían a casa tras una tarde de compras prenavideñas o acudían a cenas de empresa y otras celebraciones tempranas. Lorenzo sudaba bajo el chaquetón, y la bufanda que le había reconfortado hacía solo unos minutos, ahora lo agobiaba demasiado. Le martilleaba el corazón dentro del pecho y el brazo izquierdo le dolía. «No es nada», pensaba, porque no quería que fuera nada. Le daba pánico que fuera algo.

Miró a los peatones que, a su alrededor, también esperaban a que el semáforo se pusiera en verde. Una pareja se hacía arrumacos mientras comían castañas asadas de un cucurucho de papel que compartían. Una mujer muy anciana se aferraba al andador con que asistía sus pasos renqueantes. Unos chavales de no más de quince años reían con algo que veían en las pantallas de sus teléfonos móviles. Una madre reñía a su hijo, que berreaba en plena rabieta. Lorenzo se aflojó la bufanda y trató de respirar hondo. Y pensaba: «no es nada».

El semáforo cambió a verde. Los primeros pasos le dieron la sensación de que cada pie le pesaba diez kilos. Le dolía el pecho y sentía cierta presión en el ojo izquierdo. No era nada. Le pitaban los oídos. No era nada.

—No es nada.

Se lo dijo a sí mismo porque nadie se detuvo al hincar él la rodilla en mitad del paso de peatones. Y fue lo último que pensó antes de que todo se oscureciera. En su retina quedó la imagen de la anciana que se aproximaba a paso lento y lo señalaba con una mano mientras empujaba su andador con la otra.

No se enteró del momento en que la señora llamaba a los servicios de emergencia. Tampoco cuando llegó la ambulancia y la policía desvió el tráfico. Y cuando al fin recobró el sentido, lo hizo con una descarga eléctrica en el pecho y el dolor en cada fibra.

Tumbado en la camilla de la ambulancia, mientras las sirenas se abrían paso entre las calles de la ciudad en plena hora punta, Lorenzo creyó que el karma, al fin, le era generoso.

—¿Seguro que no quieres que llamemos a nadie? —le preguntaba, ya en el hospital, la enfermera que acababa de enchufarlo a una máquina—. No pinta muy bien, cielo.

Lorenzo negó con la cabeza. No tenía fuerzas ni para hablar y no creía a la enfermera. No: él no se iba a morir esa noche. Ni en los próximos años, así que era absurdo molestar a nadie. Juan seguía sin hablarle y, además acababa de empezar las vacaciones y no quería amargárselas. Paula estaría con su segundo hijo y con su marido. Emilio no era muy amigable con él. Había tomado cartas en el asunto durante la época en que Lorenzo no pagaba la pensión de su hijo y no ocultaba su animadversión desde entonces, a pesar de que volvía a estar al día. Y Arantxa vivía en Alemania y ya lo había avisado de que ese año ella y su familia no podrían ir a España a pasar las

fiestas. ¿Qué sentido tenía llamarla? Sería preocuparla para nada. No, no quería molestar.

—Espere —pidió, cuando la enfermera ya se iba—. Mis..., mis gatos. Tienen que comer.

—¿Hay alguien que pueda encargarse?

Lorenzo lo pensó un momento. Ni Juan ni Paula eran opciones, no si mantenía su decisión de no comunicarles lo que le había sucedido. Y tenía amigos, pero tampoco tenía ganas de molestarlos a ellos. Negó con la cabeza.

—¿Voy a..., estar aquí..., mucho?

—Lo que haga falta. Lorenzo, no seas cabezota y dime a quién llamo. ¿Es que no tienes ningún familiar? ¿Amigos? ¿Un vecino, aunque sea?

—Bueno... Si a la señora Ángeles no le importa..., subir...

—¿Tienes su número?

Lorenzo asintió. La enfermera, a petición suya, le entregó el teléfono móvil que habían dejado en el armario de la habitación junto con el resto de sus cosas al ingresarlo. Lorenzo buscó en la agenda hasta encontrar el número y ella se ocupó de hacer la llamada.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó la enfermera al terminar. Lorenzo asintió—. Pues ahora, a dormir. Si te encuentras mal, solo tienes que apretar el botón que tienes a tu derecha. De todas maneras, los monitores nos avisarán de inmediato si hay algún contratempo. Estás en buenas manos.

Con una sonrisa tierna, la enfermera se despidió y Lorenzo se quedó allí, solo, echando de menos la presencia de alguien a su lado. Sus últimos pensamientos antes de dormirse fueron de carácter más bien agorero. Y es que, se dijo, ¿quién lo iba a echar de menos si no pasaba de esa noche?

Se despertó al amanecer con los primeros trasiegos del hospital.

Con su número de autónomo, había contratado un seguro privado hacía algún tiempo que no salía del todo caro. Era una de las pocas cosas en que se gastaba el dinero para sí mismo y no se arrepentía. Aunque, a decir verdad, eso de no compartir habitación lo hacía sentir un poco solo. Pero así estaba bien, se recordó. No iba a molestar a nadie, que siguieran con sus vidas mientras él se recuperaba. Porque lo haría, saldría de allí muy pronto y no tendría sentido que Paula o Juan o Arantxa se tomaran la molestia de ir a visitarlo. Como mucho, cuando tuviera fuerzas tanto para hablar como para sostener un libro entre las manos, le pediría a la señora Ángeles que le acercara la novela que había dejado a medias. Mientras tanto, siempre le quedaría la televisión.

Pasaban las diez cuando, aburrido de cambiar entre canales y no encontrar nada verdaderamente interesante, Lorenzo decidió echar un sueñecito. Estaba convencido de que los hospitales tenían algo que inducía al hastío para que los pacientes descansaran a la fuerza. Si ese era el caso, él se recuperaría en nada, porque algo le decía que se iba a pasar la mitad de los días durmiendo.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando oyó el sonido de la puerta. No abrió los ojos. Imaginaba a una enfermera con sus pastillas, y quiso creer que se ahorraría la interacción si se hacía el dormido. Y llegó a pensar que el plan le había funcionado, porque pasaban los segundos y allí no se oía una mosca. Tal era el silencio que, al final, le pudo la curiosidad y simuló despertarse. Cuál fue su sorpresa al ver no a una enfermera, sino a un médico observándolo desde los pies de la cama con las manos en los bolsillos de su bata y media sonrisa pintada en la cara.

—Buenos días —saludó. Lorenzo trató de incorporarse y el médico alzó las manos para impedirsele—. No te muevas, por el momento será mejor que no hagas esfuerzos.

Lorenzo obedeció. Aun así, no quería escuchar lo que su médico tuviera que decirle

tumbado en la cama como si fuera un enfermo terminal, así que buscó el mando y, antes de que lograra que sus manos fueran capaces de sostenerlo, el otro se le adelantó y lo accionó hasta dejarlo reclinado.

—Mejor —sentenció, y se sorprendió ante el tremendo esfuerzo que le supuso tan solo pronunciar esa palabra.

El doctor titubeó unos instantes. No perdía la sonrisa amable, pero se le veía indeciso. Lorenzo empezó a temerse lo peor.

—¿Cómo..., cómo estoy?

—Antes de eso, ¿no hay nadie contigo? —Lorenzo negó con la cabeza—. ¿Va a venir alguien? —Volvio a negar.

—Dímelo, no..., pasa nada.

—Estás regular, Lorenzo.

Él asintió. Lo sabía. A pesar de su estúpido optimismo, a pesar de que había empezado a negar la realidad desde el momento en que su corazón fallara en aquel paso de peatones, lo sabía.

—¿Y qué...?

No terminó la pregunta. El médico le había puesto una mano en el hombro para que no hablara más y él prefirió hacerle caso.

—Te tienes que operar.

La noticia cayó sobre él como una losa. Operarse implicaba no poder abrir la tienda en bastante tiempo, lo cual se traduciría no solo en falta de ingresos sino también en retrasos de pagos a los proveedores. Ni hablar; no podía permitírselo. La sola idea lo agitó hasta tal punto que el doctor tuvo que volver a ponerle la mano en el hombro para así ofrecerle algo de confort.

—Tranquilo; en tu estado no debes alterarte.

—Pero... No puedo... —La respiración se le aceleraba y empezaba a notar el mismo pinchazo en el pecho—. No me opero.

—Debes hacerlo. Lorenzo, tranquilo, por favor —insistió el médico, y trasladó el agarre de su hombro a las manos.

El contacto le resultó cálido y familiar, así como su sonrisa que, al fijarse bien, descubrió que no era la primera vez que veía. Y reconoció a un chaval de instituto calado hasta los huesos y con la misma sonrisa, si acaso algo más tímida, y con cierto deje de tristeza que ahora no tenía. Era él, estaba seguro. El chico que conoció bajo la lluvia, aquel que recogió un día de gota fría hacía ya más de veinte años. Verlo allí, sin esa tristeza que entonces le bailaba en los ojos y con la bata de médico, le reconfortó hasta el punto de tranquilizarse de inmediato. Creyó entonces, erróneamente, que no se acordaría de él, pero no le importó: estaba seguro de que se trataba de Manuel, lo veía bien y, al parecer, había logrado encontrar esa meta en la vida que no tenía cuando lo conoció. Con eso bastaba. Y Manuel, que había sabido quién era Lorenzo desde el momento en que lo viera dormitando en la cama, prefirió callar y abordar lo que realmente importaba en ese momento. Además, prefería limitar al máximo las emociones y los sobresaltos.

Lorenzo cerró los ojos y respiró hondo.

—Tengo una tienda —dijo al cabo, con voz agotada y pronunciación lenta—. No puedo..., cerrarla.

—Tendrás que hacerlo —lo contradijo Manuel—. Tienes un seguro para cosas como esta, ¿no?

Lorenzo hizo memoria y asintió. Era cierto: el mismo seguro médico cubría las pérdidas económicas que pudiera sufrir en caso de hospitalización. Hasta cierto punto, claro, y no creía que fuera suficiente, pero menos daba una piedra.

—En todo caso —prosiguió—, no has de preocuparte por eso ahora. Verás, lo que tú tienes es complicado, pero relativamente sencillo de arreglar.

Dicho esto, sacó una pequeña *tablet* del bolsillo de su bata y se la mostró a Lorenzo. Este pudo ver el dibujo de un corazón humano.

—Este sería un corazón sano —explicó Manuel, y luego pasó el dedo por la pantalla y la imagen cambió a otra que, en principio, a Lorenzo le pareció casi igual—. Y este, tu corazón. ¿Ves esta válvula de aquí? Fíjate que es más estrecha.

Manuel alternó ambas imágenes para que Lorenzo pudiera compararlas y así apreciar bien la diferencia. Era notable: el conducto tenía más del doble de diámetro en el corazón sano, y él ya estaba enterado a grandes rasgos de en qué consistía la enfermedad, pero no podía imaginar que fuera para tanto.

—Lo que sucede es que por esta válvula pasa buena parte del flujo sanguíneo y, si se tapara... —Hizo un sonido de chasqueo con la boca para evitar poner en palabras una macabra diagnosis—. Por tu enfermedad, esa válvula se estrecha y puede llegar a fusionarse. He visto tu historial y que te haces chequeos todos los años, así que doy por hecho que ya sabías que la tenías.

—Sí, es..., de lo que murió mi padre.

—Lo siento —se lamentó Manuel con gravedad—. Entonces sabrías que era muy probable que la desarrollarás tarde o temprano. —Lorenzo asintió de nuevo—. Lo que me extraña es que no hubieras pedido operarte; teniendo lo que tienes solo necesitabas hablar con tu seguro.

—Por la tienda... Y los gatos.

—Pero es tu vida, Lorenzo. —Manuel suspiró y meneó un poco la cabeza. Se volvió a meter las manos en los bolsillos—. Tampoco te voy a echar la bronca; en todo caso, ahora sí que no puedes dejarlo. Con unos días de reposo y medicamentos te recuperarías por ahora, pero después del primer infarto, todo se complica. Sería como poner una tiritita, ¿entiendes?

—¿Y en qué consiste?

—Pues, como te he dicho, es relativamente sencillo. Hay que poner una válvula en lugar de la tuya; la operación tiene que ser a corazón abierto (tienes un deterioro demasiado importante como para poder hacerlo de forma menos invasiva), la recuperación será lenta, pero las probabilidades de éxito son altísimas. Podrás hacer vida normal, todo lo contrario que en el caso de que decidieras no operarte.

—¿Lo harás tú? —Manuel asintió con un par de murmullos—. ¿Y cómo es..., la válvula?

—Nosotros trabajamos con dos tipos diferentes: mecánicas o biológicas. Concretamente estas últimas están hechas de tejido animal, de cerdo, y son las que...

—Mecánica —interrumpió Lorenzo: no quería ni oír hablar de funcionar a costa de un animal muerto.

—Ah, bueno —replicó Manuel tras un instante de duda por la sorpresa que le había generado la rápida elección de Lorenzo—. ¿Seguro? Tendrás que tomar anticoagulantes durante el resto de tu vida, aunque la parte buena es que no habrá que cambiarla.

—Seguro.

—Está bien. ¿Eso significa que vas a operarte?

Lorenzo suspiró. No es que tuviera muchas opciones si lo que Manuel había predicho era cierto. Y sospechaba que así lo era: se le había quedado grabado a fuego en el subconsciente la manera fulminante en que la enfermedad había atacado a su padre y reconocía que él había sido afortunado. Se le había dado la segunda oportunidad que Juan no tuvo veintidós años atrás. Y ya empezaba a pensar en aquello como algo del karma, que al fin le devolvía las buenas acciones.

Quién sabía si volvería a correr esa suerte si lo rechazaba. Por lo demás, ya había conseguido salir por su cuenta de un profundo agujero una vez; ¿quién decía que no podría hacerlo de nuevo? La operación terminaría de hundirle un negocio que ya se mantenía a flote de puntillas y con dificultad, pero tendría salud para empezar otra cosa o buscar trabajo, aunque a sus cuarenta y dos años lo tenía complicado. De todas formas, esos eran problemas que habría de solucionar a su debido tiempo.

Así que asintió despacio y a Manuel se le iluminó la mirada. Una lástima, pensó, que se alegrara así por mera vocación profesional y no porque recordara que una vez, hacía mucho, se habían infundido valor el uno al otro en el interior de un viejo coche mientras, afuera, el cielo caía sobre ellos.

—¿Nervioso? —preguntó Manuel junto a la cama.

A Lorenzo no le había recordado tanto al adolescente que conoció como en ese momento. Le preguntaba si estaba nervioso cuando él era el primero que parecía aterrorizado, y Lorenzo no estaba del todo seguro de qué opinar al respecto. Al fin y al cabo, ese hombre estaba a punto de abrirle el pecho. Literalmente.

—No mucho —mintió, como cuando estaba acojonado bajo la intensa lluvia y aguantó el tipo para no contagiarlo.

Llevaba siete días ingresado. En efecto, el reposo y los medicamentos habían logrado que se encontrara algo mejor, pero no bien. Y una vez tomada la decisión, el trámite no se alargó demasiado. El suyo era un caso de relativa urgencia, lo que le ahorró muchos meses de espera. Manuel también influyó, aunque ese dato no lo llegó a conocer. Tampoco era necesario.

Durante ese lapso, el médico había ido a visitarlo a diario. Siempre le dedicaba un buen rato ya que aprovechaba sus tiempos de descanso e incluso lo dejaba para el final de la jornada, lo cual tampoco le explicó a Lorenzo. Se mantenía firme en su propósito de no alterarlo y la simple emoción que pudiera sentir al recordarlo, o el apuro por no haberlo hecho hasta el momento, podían provocarle otra crisis. En sus visitas se limitaba a controlarle las constantes vitales, interesarse por su estado de ánimo e insistir, sin demasiado ahínco, en contactar con sus seres queridos. Lorenzo rechazaba la propuesta una y otra vez, empeñado en no molestar ni preocupar a los suyos. Tan solo la señora Ángeles, su vecina, estaba al tanto y había prometido cuidar de los gatos el tiempo que hiciera falta. Incluso se había pasado por allí, y fue la única compañía de la que Lorenzo había disfrutado aparte de los enfermeros y de Manuel.

—Así me gusta —replicó este último—. Estás en buenas manos: muchos de mis pacientes desconfían al verme tan joven, pero yo les digo siempre lo mismo: tengo experiencia suficiente y, como soy joven, me canso menos. ¿Diez horas en quirófano? *Nah*, un paseo.

Lorenzo emitió una risa cansada pero sincera.

—No lo había pensado ni por un momento. Este es un buen hospital, si no fueras bueno, no te tendrían aquí trabajando, ¿no?

—Muy cierto. —Manuel no apartó la vista de él durante unos segundos y su sonrisa perdió ese nerviosismo—. Todo saldrá bien.

Lorenzo no supo si se lo decía a él o a sí mismo, pero sí constató que su voz, de repente aterciopelada y con un punto íntimo, lo reconfortó y alteró a partes iguales, porque algo se le removió en el pecho. Y a pesar de la confianza que el otro le transmitía, sintió la urgencia de confesarle lo que se había guardado para sí hasta la fecha.

Ya se disponía Manuel a marcharse de la habitación cuando Lorenzo lo llamó. Se giró, la mano ya alzada en dirección a la manilla de la puerta.

—No pensaba contártelo, pero si no salgo de esta...

—No, hombre —lo interrumpió Manuel, que había vuelto sobre sus pasos hasta el centro de la habitación.

—Déjame, anda —pidió Lorenzo, y el otro gesticuló para cederle la palabra—. Si no salgo de esta no podré decírtelo nunca y, bueno... Estaré muerto, no me enteraré. —Hizo una pausa para reírse y así aliviar lo lúgubre de la idea—, pero igualmente, no me gustaría dejarlo pendiente. La cosa es... No sé si te acuerdas de la riada del noventa y siete.

De inmediato, el rostro de Manuel se iluminó y Lorenzo pensó que solo con los ojos podría darle luz a la noche más oscura. Clavaron la mirada en la del contrario durante un instante que pareció alargarse hasta la eternidad y la sonrisa de Manuel se fue estirando con cada segundo que pasaba.

—Claro que me acuerdo.

Todo fue algo absurdo, pero también íntimo. Habían bailado en sintonías diferentes y, en ese preciso momento, se acababan de sincronizar. Y en sus ojos quedó una conversación pendiente que decidieron aplazar para más tarde, porque de repente ambos tenían una razón importante para cumplir con sus respectivas tareas: la de Manuel, realizar con éxito la única operación en la que se sentiría implicado de verdad; la de Lorenzo, sobrevivir.

Y con esa promesa muda se despidieron hasta dentro de muchas horas.

Alguien lo llamaba. De fondo, a un volumen casi imperceptible, reconocía el sonido de una televisión encendida. Intentó seguir el hilo de la noticia que una presentadora comunicaba mientras otra persona, más cercana, insistía en repetir su nombre. Estaba confuso al respecto. En su cabeza se mezclaban toda suerte de circunstancias a las que no lograba dar orden ni concierto. ¿Quién estaba a su lado, la periodista o la voz que lo llamaba? ¿Sucedían ambas cosas al mismo tiempo? ¿Sucedían realmente o eran producto de su imaginación o sus recuerdos? Ni siquiera distinguía entre una cosa y la otra. Poco a poco y sin razón aparente, empezaban a acudirle a la cabeza ciertos eventos. Lorenzo creía que eran recuerdos, pero tampoco podía negar rotundamente que se tratara de su imaginación.

Un hijo. Una mochila de dinosaurios. Una tienda. Un chico bajo la lluvia. Un libro. Conceptos sueltos y tan reales como ilusorios.

—Lorenzo.

Y la voz seguía insistiendo.

—Siempre tardan un poco; sus constantes son normales, hay a quienes la anestesia les afecta más, no es preocupante. La situación en el país sigue incierta tras unas elecciones generales cargadas de polémica debido a las recientes declaraciones de Lorenzo. Venga, cariño.

—Hay que ir a votar.

—Pues parece que ya lo tenemos de vuelta.

—La renta. Me va a salir a pagar.

—¿Qué está diciendo? Loren...

—Cariño, ¿necesitas algo?

—Un aguacate.

—¿Aguacate? ¿Ha dicho «aguacate»?

—Sí, parece que ya está bien. Para lo que sea, me llamáis.

—Claro, muchas gracias. ¿Cuándo pasará el médico?

—De aquí a unas horas, está descansando.

—Pero que no se moje.

—¿Qué? Loren, todavía estas sedado, no se te entiende.

—Que la sopa...

Lorenzo suspiró. Al fin fue consciente de lo inconexo de sus ideas y de la forma en que trataba de comunicarlas. Verbalizar un torrente de pensamientos sin sentido era agotador, pero al menos empezaba a discernir entre conceptos. Partió desde la base de que no necesitaba un aguacate para nada y, de ahí, fue tirando de los hilos de su subconsciente hasta desenredarlos. Tardó un buen rato hasta verse capaz de vocalizar algo medianamente en condiciones.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —replicó una voz femenina que conocía—. Pasa que salir de esta no te ha servido de nada porque te voy a matar yo, eso pasa.

Lorenzo trató de sonreír. Las palabras de su hermana le hacían gracia, pero aún estaba demasiado cansado y poco consciente como para controlar del todo sus facciones. Al menos, y eso ya era un avance, ya volvía a tener la cabeza en su sitio: sabía perfectamente por qué Arantxa quería matarlo.

—No quería..., preocuparte.

—¿Que no querías...? Mira, yo te mato.

Un sollozo disimulado interrumpió las palabras de Arantxa, que prefirió respirar hondo y dejar los reproches para más tarde. Al fin y al cabo, su hermano acababa de despertarse de una operación que podría haber salido fatal y lo último que necesitaba ahora era que le echaran la bronca. Se limitó a cogerle la mano y quedarse en silencio mientras Lorenzo terminaba de espabilarse.

No fue hasta varios días más tarde que Lorenzo pudo comenzar a hablar con normalidad y sin fatigarse demasiado. En ese lapso, convenció a su hermana para que pasara las noches en su piso. Al fin y al cabo, era dueña de la mitad del mismo y estaría mucho más cómoda allí que en el hospital. Tras la segunda noche, Arantxa acabó cediendo y solo cuando el estado de Lorenzo había mejorado lo suficiente, ella decidió tener cierta conversación pendiente.

—Me llamó tu médico, ¿sabes?

—¿Quién, Manu?

—No sé, a mí me dijo que era el doctor... *Nosequé*. ¿Tú te crees que voy a acordarme del nombre? Que yo estaba tan tranquila en el trabajo y me llama un señor que no conozco de nada para decirme que a mi hermano le ha dado un infarto y que lo van a operar. Lo último a lo que presté atención fue al nombre de ese tío. Lorenzo, hombre, que parece mentira.

—Ya, ya... Mira, no pensé que fuera grave y no quería preocuparte, por eso no te dije nada.

—Tú siempre igual. Con tal de no preocupar y de no molestar te callas las cosas. ¿No has visto ya que al final da lo mismo? Me he preocupado muchísimo más al recibir la llamada de un extraño.

—Bueno, pero es que no tenía que haberlo hecho; yo pedí que no llamaran a nadie.

—Pues yo lo agradezco muchísimo, y espero que no pretendas quejarte al respecto.

—No, qué va. Imagino que sí que sería Manu y creo que ni me sorprende. Lleva insistiéndome desde el primer día porque dice que me ve muy solo y que necesito a mi familia.

—Pues tiene razón. Y tu familia te necesita a ti. ¿Y si... Y si te hubiera pasado como a

papá? ¿Te imaginas cómo me habría sentido si la llamada hubiera sido para decirme que te habías muerto? Que yo ya estoy mayor para esos sustos.

—Sí, lo siento —insistió Lorenzo en tono cansado.

—En serio, no lo vuelvas a hacer.

—Vale.

—Te lo digo de verdad.

—Ay, es que tú estás en Alemania, tienes tu vida, a tu marido y a tus hijos y me da cosa hacerte venir.

—Eso ya lo sé, pero, joder, hay casos y casos. Que te parezca absurdo que vengamos para celebrar contigo la Navidad o tu cumpleaños, vale (aunque lo vamos a seguir haciendo siempre que podamos, de todas formas), pero para esto... —Arantxa suspiró—. Desde que te separaste de Paula, has estado cada vez más solo; todos necesitamos a alguien que nos cuide de vez en cuando.

—Pero es que no quiero...

—«Molestar», otra vez. ¡Moléstame, coño, que soy tu hermana!

Ambos rieron por la repentina explosión de Arantxa. Ella, con lágrimas en los ojos y él todavía agotado, se tomaron de las manos durante unos minutos de tranquilidad hasta que Arantxa rompió el silencio después de haberse serenado.

—¿Por qué no te vienes a Alemania? Y no me digas que no quieres molestar.

—No puedo, la tienda...

—Venga, Loren. Tú mismo me has dicho que no va bien. Te estoy diciendo que te mudes allí, ¿eh?

Lorenzo observó a su hermana con los ojos tan abiertos como su estado le permitía. Era la primera vez que le planteaba algo parecido y no se le había pasado nunca por la cabeza. Su sitio estaba allí, en España, en Alicante, en el mismo piso en que se habría criado. Lo más lejos que había llegado a alejarse fue al barrio de La Florida cuando se casó con Paula, e incluso estando allí le había parecido demasiado lejos. ¿Cómo se iba a ir a Alemania?

—No sé, teta...

—¿Qué te ata aquí?

La pregunta de Arantxa le abrió un pequeño conflicto en la cabeza. Lo primero en lo que pensó fue en su hijo Juan. No podía irse y dejarlo allí, todavía era menor de edad y necesitaba a su padre. Un padre al que no veía desde hacía más de tres meses porque no quería. Porque Lorenzo podía ser optimista e inocente hasta cierto punto, pero no era tonto. Y sabía que Juan no hacía más que darle largas, que la excusa del instituto, los amigos o la novia no era más que eso, excusas. Que, en realidad, pasaba de él. La idea hizo que le doliera un poco el pecho. Al fin y al cabo, su corazón apenas empezaba a recuperarse tras una operación muy delicada y no estaba para muchos troles. Gimió un poco y quiso buscar algo que lo animase.

—Igual a Juan le gusta la idea de ir a ver aquello de cuando en cuando —dijo, más para sí mismo que para Arantxa en un intento de encontrar la motivación necesaria para aceptar la oferta.

No funcionó.

—¡Claro que sí! Pero entonces, ¿eso es que sí?

Lorenzo no respondió de inmediato. Trató de imaginarse allí con su hermana, su cuñado y sus sobrinos, que ya eran casi independientes y a los que le habría gustado ver crecer. Y pensó en Juan y en que también se había perdido casi toda su infancia. Quiso llorar al darse cuenta de que, sin saber cómo, había acabado lejos de todas las personas a las que quería. No se había sentido tan solo en toda su vida como en ese preciso momento, pero aguantó el tipo por no preocupar a Arantxa, porque así era él y no podía evitarlo.

Y entonces, sin previo aviso y sin que Lorenzo consiguiera pararlo, hubo un pensamiento que logró abrirse paso en su mente hasta apartar a todos los demás. Algo en lo que no había pensado hasta el momento pero que tampoco llegó a sorprenderlo. El recuerdo de una persona nueva en su vida, alguien que, a pesar de que solo debía estar de paso por las circunstancias actuales, quería que se quedara en ella. Alguien a quien quería empezar a querer y, para variar, no acabar alejando como a los demás. Y, esta vez, el dolor del pecho se transformó en una agradable calidez.

—No lo sé, pero..., creo que no —respondió al fin.

—Vamos, Loren. Me mata verte tan solo.

—Igual..., dejo de estarlo.

Lorenzo pensó en cierta mirada compartida hacía varios días y en un guiño sobre la mascarilla quirúrgica momentos antes de que la anestesia hiciera su trabajo. Tal vez eran solo imaginaciones suyas, pero no lo sabría a ciencia cierta si no lo intentaba.

—¿Y eso? —inquirió Arantxa—. ¿Hay alguien por ahí de quien no me has hablado?

Lorenzo tomó aire y lo soltó despacio, gesto que le recordó que tenía una raja de veinte centímetros en el pecho.

—No te asustes, ¿vale? Pero sí, me gusta alguien.

—¿Que no me asuste? ¡Pero si es estupendo! ¿Quién es, la conozco? ¿Es maja? ¡Ay, Loren, no sabes cuánto me alegro! Me la tienes que presentar.

Lorenzo alzó una mano en un intento de acallar a su alterada hermana. Le encantaba cuando se emocionaba tanto por las cosas, pero lo que se disponía a decirle requería calma. Al fin y al cabo, jamás había salido del armario en casa y hacerlo ahora, con cuarenta y dos años, le parecía un poco de chiste.

—Solo me gusta, ni siquiera lo sabe y no tengo ni idea de si me corresponde, pero tengo esperanzas.

—¿Cómo no te va a corresponder si eres un cacho de pan? La tienes en el bote, hermano.

Él volvió a suspirar, con cautela esta vez para no provocarse dolor.

—Te voy a decir una cosa que no sabes —comenzó entonces, para ir allanando el terreno—. De hecho, no lo supieron los papás ni se lo he contado tampoco a Paula o a Juan. Y creo que los pocos amigos a los que se lo dije en su día se habrán olvidado o no me tomaron del todo en serio, pero es algo que he sabido desde siempre y que no he tenido necesidad de confesar..., hasta ahora.

—¿De qué estás hablando, hombre? Me tienes en ascuas.

—Soy bisexual, Arantxa.

Esta, tras unos segundos de silencio y contra todo pronóstico, se echó a reír a carcajadas. Ante semejante reacción, Lorenzo se molestó un poco. No había reunido el valor de confesarle a su hermana esa parte de sí mismo para que ella se partiera de risa a su costa. Ese malestar no le pasó desapercibido a Arantxa por lo que, en cuanto se serenó un mínimo, alzó las manos y juntó las palmas en un gesto de rogativa.

—¡Perdóname, perdóname!

—No sé qué tiene de gracioso.

—¡Nada! Es que... —Arantxa necesitó un par de segundos más, ya que le sobrevinieron más carcajadas que no fue capaz de reprimir—. ¿Toda esta ceremonia para decirme que te gusta un tío?

—Joder, es que no es fácil —se defendió él—. Ahora me dirás alguna chorrada como que el instinto de hermana ya te lo había dicho y por eso lo sabías.

—¡No, qué va! La verdad, me ha sorprendido. Lo cierto es que no tenía la más mínima idea, pero te has puesto tan serio y tan solemne que...

Lorenzo gruñó y, como su estado todavía no le permitía moverse demasiado, optó por girar la cabeza para no encarar directamente a su hermana. Esta, consciente de que había metido la pata, intentó por todos los medios dejar de reírse y adoptar la actitud seria que la ocasión requería.

—Perdóname, de verdad —insistió, y le puso una mano en el antebrazo—. Supongo que te habrá resultado difícil decírmelo y voy yo y me río.

—No tanto —reconoció Lorenzo, aún sin mirarla—. Pero un poco sí. Vaya manera de cargarte una salida del armario por todo lo alto...

Con ese comentario, Arantxa constató que Lorenzo ya no estaba molesto y que, además, empezaba a seguirle la broma. Así que le dio una colleja suave y cariñosa y Lorenzo volvió a mirarla con una sonrisa en los labios y expresión ligeramente azorada.

—Bueno, ¿qué opinas?

—¿Qué opino de qué? ¿De que seas bi? —Arantxa se encogió de hombros—. ¿Tengo que opinar? Esto no se trata de si una camisa nueva te sienta bien o mal. Es tu vida, es parte de ti. Como mucho, te agradezco que me lo hayas contado.

—Pero... ¿Te da igual?

—¿Hola? ¿Qué estamos, en el treinta y seis? —dijo ella, haciendo como que miraba la hora en un reloj de pulsera imaginario—. Loren, que estás hablando conmigo. ¿Alguna vez he sido prejuiciosa? —Lorenzo negó con la cabeza—. No te negaré que no te imagino con un hombre, pero a mí me vale con que seas feliz. Como mucho, si me dijeras que eres gay y que has estado ocultándote toda la vida, me habría enfadado mucho. En casa jamás ha habido un solo comentario homófobo, así que no sabría de dónde habría salido esa actitud. Pero no es el caso, ¿verdad?

—No, claro que no —aseguró Lorenzo—. Yo siempre lo he sabido, pero nunca me ha atraído nadie en particular. Ningún hombre, me refiero. Por eso nunca he dicho nada; si las cosas hubieran sido distintas, lo sabrías de antes.

—Pues ya está. Lo importante para mí no es si te gusta una mujer o un hombre, lo importante es que encuentres a alguien que te soporte y punto.

—¡Serás...! Te aprovechas de que tengo una raja en el pecho y no puedo defenderme.

—No esperarías menos de mí, ¿no?

—Pues no —reconoció Lorenzo, que por el carácter distendido que había tomado la conversación no pudo evitar reírse también y acabó quejándose por nuevos pinchazos en la herida.

—Bueno, entonces, ¿me vas a hablar de él o qué? —preguntó Arantxa al cabo. Lorenzo asintió con la cabeza.

—Pues digamos que..., me ha salvado la vida recientemente —se señaló el pecho.

—¿Tu cirujano? —se sorprendió ella—. Es guapo. ¡Y debe estar forrado de pasta, sí que apuntas alto!

El comentario no hizo sino sorprender a Lorenzo. Ni por un momento se le había pasado por la cabeza la nómina de Manuel, ni siquiera entonces a pesar de que Arantxa acababa de hacerle alusión.

—Evidentemente, no me gusta por eso —explicó, a pesar de no ser necesario.

Y, ante la nueva mofa a la que ella estaba a punto de someterlo, decidió recordarle la historia de cómo había conocido a Manuel. Aquel día de lluvia torrencial, la enfermedad de su padre llegó a desplazar cualquier otro tema, por lo que Arantxa ni se acordaba de aquello. Así que, si bien el relato no le resultó del todo nuevo, sí pudo sorprenderse de la forma en que la vida

daba vueltas a veces.

—¿Sabes qué? Si creyera en el destino o en alguna de esas cosas, te diría que esto es cosa suya. Pero prefiero achacarlo a una bonita casualidad. La pregunta es: ¿y él, qué?

—¿Qué, de qué?

—Que si te corresponde.

Lorenzo se encogió de hombros. Desde la operación, no había tenido ocasión de quedarse a solas con él y retomar cierta conversación a medias, pero quería creer que había algo en aquella mirada que intercambiaron justo antes. Esa idea, por supuesto, era más fruto del optimismo que de la realidad y Lorenzo lo sabía. Pero, ¿qué tenía de malo soñar? Acababa de volver a nacer, podía permitirse tener esperanzas vacías y exponerse a un batacazo emocional. Bastante había hecho Manuel por él; que le correspondiera o no era totalmente circunstancial.

Aun así y por no dar falsas esperanzas más a Arantxa que a sí mismo, eligió una respuesta más bien acorde con el sentido común:

—No creo ni que se haya fijado en mí, pero bueno. Ya se verá.

Y con eso trató de dar por zanjado el asunto. No es que Arantxa se diera por satisfecha, pero al menos sirvió de premisa para que decidiera dejarlo en paz por el momento. Y Lorenzo prefirió dejarlo también para sí mismo, porque la atracción recién descubierta hacia Manuel requería cierto tiempo de introspección y para eso necesitaba soledad y tranquilidad. No fue hasta esa noche que se rindió a esa tan necesaria conversación consigo mismo.

Lo primero que descubrió fue que no le importaba si Manuel le correspondía o no. De hecho, ni siquiera estaba del todo seguro de querer transmitirle sus sentimientos. Años atrás, cuando se conocieron, Manuel no había despertado en él más que cierto sentimiento paternalista. Era un crío de instituto y él, Lorenzo, se creía muy adulto porque ya estaba en la universidad y tenía carnet de conducir. Pero el tiempo había pasado y los años borraban la diferencia de edad; ahora lo veía como a un igual, un hombre que había logrado sus metas con una gran habilidad. Y también era guapo a rabiar.

Pocos hombres lo habían atraído en su vida. Siempre lo había tenido claro, pero las cosas habían salido así y sus aspiraciones románticas y sexuales que, por otro lado, tampoco es que hubieran sido muy numerosas, siempre habían acabado en destinos femeninos. No había tenido muchas complicaciones a ese respecto: troteos en el colegio, una novia en el instituto y luego Paula. Después de ella, nadie. No porque aún la quisiera, sino porque no se le había presentado la ocasión hasta el momento.

Lo curioso era que no le doliera en absoluto pensar en dejarlo correr.

Y es que no solo dudaba que a Manuel pudiera interesarle en ese sentido, es que no estaba del todo seguro de querer volver a probar suerte en el amor. Primero tenía que volver a encauzar su vida. Verlo todo desde la perspectiva de alguien que había estado al borde de la muerte cambiaba muchas cosas. Algunas ganaban importancia y otras la perdían. Y prefería intentar reencontrarse con sus seres queridos que arriesgarse a perder otro.

Aun así, el anhelo estaba ahí. Una pequeña calidez al fondo del pecho que le instaba una y otra vez a aferrarse a Manuel. No importaba cómo: amigo, confidente, compañero de noches de partido y cervezas... O amante. Cualquiera de esas opciones estaba bien porque lo único que Lorenzo tenía claro y, a la vez, quería quitarse de la cabeza, era que no deseaba que Manuel volviera a convertirse en un recuerdo.

Con ese pensamiento flotándole en la consciencia, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Manuel se presentó en su habitación y lo saludó con la misma sonrisa de siempre.

—Hoy te pilló solo —observó, puesto que Arantxa todavía no había llegado—. ¿Y tu hermana?

—Supongo que no tardará. Oye... Todavía no te he dado las gracias por llamarla.

—No hay de qué. Aunque ya temía que quisieras denunciarme o algo así —bromeó Manuel—, pero es que no soportaba verte tan solo. Y me da la sensación de que eres un cabezota.

—No te equivocas.

Ambos compartieron una risa y Manuel se tomó la libertad de sentarse en la cama de acompañante, una costumbre que había cogido en sus visitas anteriores. Balanceó los pies y se sacó la *tablet* del bolsillo para tomar las notas diarias acerca de su estado de salud. Luego anotó sus pulsaciones, que copió de la máquina conectada al medidor que Lorenzo llevaba adherido al cuerpo mediante ventosas, le revisó las pupilas y la temperatura y volvió a tomar asiento.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿todas estas cosas no son tarea del médico de cabecera?

Manuel se encogió de hombros.

—Digamos que contigo se hace una excepción. Al fin y al cabo, te debo un favor. ¿No?

—El favor está devuelto con creces —aseveró Lorenzo, y se dio un par de toques muy leves en el pecho. Manuel meneó la cabeza.

—No lo consideraré devuelto del todo hasta que salgas por esa puerta para no volver, y prefiero asegurarme de ello personalmente antes que dejarlo en manos de otra persona.

—Admítelo: en realidad vienes tú porque te caigo de maravilla.

—Bueno, eso también.

Lo dijo así, sin más, con tal facilidad que a Lorenzo se le llegó a pasar por la cabeza que Manuel acababa de devolverle su torpe e inconsciente intento de flirteo. Tuvo que prometerse a sí mismo no volver a caer en la tentación, porque la cosa podía acabar mal y prefería no arriesgarse. Así que decidió cambiar de tema y abordar, al fin, aquel que habían postergado como una promesa no formulada.

—Entonces sí que lo sabías. Te acordabas de mí; ¿por qué no me lo dijiste?

—Nada de emociones fuertes, ¿recuerdas?

—Pero si yo te reconocí enseguida.

—¿Y por qué no me lo dijiste tú?

—*Touché* —reconoció Lorenzo—. Sinceramente, dudaba que te acordaras de mí.

—¿Bromeas?

—No, para nada —respondió, muy serio, porque el tono de Manuel le dejó claro que de verdad lo creía—. Nunca pensé que me recordarías durante más de tres o cuatro días.

—Lorenzo, esa mañana hiciste por mí mucho más que salvarme la vida.

—Uy, salvarte la vida. No seas exagerado.

—Para nada. Siempre lo he considerado así. A una mujer se la llevó el agua en la avenida de Jijona y no pasa un solo día en que no piense que podría haberme sucedido a mí porque fue justo por donde habría pasado a pie de no haberme recogido tú. Y, por si eso no fuera suficiente, aquí me tienes. Me hice médico gracias a ti.

La confesión sorprendió a Lorenzo hasta el punto de mantenerse algo incrédulo al respecto. No pudo evitar que Manuel lo notara, así que este continuó con la explicación ya que era una reacción que se había esperado.

—Tú me diste una meta a seguir. En aquella época estaba muy perdido.

—Lo recuerdo, sí.

—No. No te haces una idea, Lorenzo. Era un crío enfadado con el mundo y lo que te confié

solo era la punta del iceberg. La versión que conociste de mí mismo era yo sacando la nariz para ver con qué me iba a encontrar. No te estaba pidiendo ayuda, solo necesitaba con todas mis fuerzas a alguien que me oyera gritar, pero ni a eso me atreví. Aun así, quisiste escuchar mis murmullos y con eso tuve bastante.

—En realidad, me di cuenta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Imaginaba que había cosas que ocultabas, pero supuse que no necesitabas a nadie que te obligara a hablar. Además, yo era un extraño para ti; no debías sentirte cómodo.

—Qué va, me sentí muy cómodo contigo. Pero..., todo era difícil entonces. Hasta respirar.

Manuel emitió una risa. Se notaba a la legua que aquella época difícil no había dejado huella en él, que era cosa del pasado y nada más.

—¿Sabes? —prosiguió—. Acababa de salir del armario en casa, por eso vivía con mis abuelos. Ellos me apoyaron. Sin embargo, mis padres no se lo tomaron nada bien y yo..., no estaba dispuesto a escucharlos y me largué.

Ante la confesión, Lorenzo ni siquiera hizo el esfuerzo por parecer sorprendido. Al fin y al cabo, ya se lo había oído aquella mañana. El problema era que el hecho de que Manuel fuera homosexual complicaba las cosas, porque entonces podía seguir interpretando ciertos gestos como intentos de seducción. Y si intentaba seducirlo, a él le iba a resultar muy difícil no dejarse.

Ajeno a sus elucubraciones, Manuel continuó con su relato sin apenas pararse a respirar.

—Tal vez si hubiera tenido el valor de enfrentarlos, las cosas habrían ido de otra manera. Al final, algún tiempo después, hablamos y arreglamos las cosas, y no fue para tanto. Creo que también tú fuiste responsable de eso en parte.

—Pero Manu, si apenas me conociste. ¿Cuánto tiempo pasamos juntos? ¿Ocho, nueve horas? No es que no te crea, pero quizás estás exagerando.

—Te puedo asegurar que no. Mira, te voy a decir algo que...

No llegó a terminar la frase. Un sonido lo interrumpió desde su bolsillo y Manuel se detuvo para prestarle atención. Lorenzo ya imaginó que debía irse, pero lo que más le sorprendió fue el gesto que adoptó: entre afligido y fastidiado.

—Me temo que te lo tendré que explicar en otro momento.

Y, con la urgencia que el mensaje que acababa de recibir requería, abandonó la estancia no sin antes dirigirle una mirada de arrepentimiento. Lorenzo la comprendió a la perfección: él sentía lo mismo, pues sospechaba que en aquella confesión que acababa de quedar pendiente había algo muy importante.

Lo curioso fue que, al contrario de lo que ambos creyeron que ocurriría en ese momento, dicha confesión aún se postergaría algo más.

Los días en el hospital se sucedieron uno tras otro. Reposo, medicamentos, más reposo y una pelea eterna con el personal sanitario para que no pasaran por alto su dieta vegana. Arantxa apuró al máximo sus días de permiso en el trabajo. Celebraron una modesta Nochebuena y se comieron las doce uvas en Nochevieja pasada la medianoche para evitar la tentación de seguir el ritmo de las campanadas y exponer a Lorenzo al peligro de atragantarse.

En ese tiempo, las visitas de Manuel se redujeron en duración y periodicidad. No en vano, su trabajo no era visitar a los pacientes, y había épocas en las que las urgencias se sucedían una tras otra y apenas le quedaba tiempo para sí mismo. Además, y para sorpresa de Lorenzo, tampoco tuvieron ocasión de quedarse a solas.

En un intento por hacerle ver a su hermano que le importaba a mucha más gente de la que él creía, Arantxa tiró de agenda y avisó a todas sus amistades y conocidos del estado en que se

encontraba. Alentados por el espíritu navideño unos y por una amistad sincera otros, no había día en que Lorenzo no recibiera varias visitas que traían consigo flores, tarjetas u otros presentes. Y cada vez que Manuel aparecía por allí, lo pillaba acompañado o a punto de estarlo.

Es lo que sucedió el día de Reyes.

Arantxa ya había vuelto a Alemania. Sin más días disponibles para faltar al trabajo, quiso quedarse a pesar de ello y Lorenzo tuvo que convencerla de lo contrario, pues ya se encontraba mucho mejor y no quería que se expusiera a recibir una sanción, no ahora que acababa de ascender y las cosas le iban de maravilla. Además, no podía negar que echaba de menos a su familia, y eso Lorenzo lo comprendía a la perfección. Bastante había hecho acompañándolo todos esos días; ya no podía pedirle más.

Esa mañana, Manuel entró después de golpear la puerta con suavidad. Eran alrededor de las once y, por el momento, Lorenzo no había recibido visita alguna. Era normal: la tradición era darse los regalos mientras se desayunaba en familia, por lo que raro habría sido que nadie tuviera ganas de ir a un sitio tan triste como un hospital. Así que ver por allí a Manuel lo alegró mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer; la naturaleza de su visita, todavía más.

Y es que era la primera vez que lo veía sin su bata. Llevaba unos pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, una camisa tipo safari y una sudadera anudada sobre los hombros. No se había afeitado, pero su aspecto, lejos de resultar descuidado, le daba un aire sexy que a Lorenzo le encantó.

Antes de entrar, se agachó a recoger algo del suelo y empujó la puerta con la cadera, pues llevaba ambas manos ocupadas.

—¿Y eso? ¿Qué me traes?

—Los Reyes, que han venido.

Lorenzo se echó a reír. Ya podía hacerlo sin acabar agotado, señal de que su recuperación iba viento en popa.

—Soy un poco mayor para eso.

—Tonterías: nunca se es mayor. De todas maneras, este regalo se devuelve, lo siento.

Dicho esto, dejó lo que portaba en varios sitios diferentes: el vaso y la bolsa de papel de su mano derecha sobre la mesa auxiliar en la que Lorenzo comía a diario, el chaquetón que llevaba colgado del mismo brazo, en la butaca y el transportín de la mano izquierda, en el suelo.

—Espera, no me habrás traído...

Antes de que pudiera terminar la frase, Manuel abrió la puerta y una cabecita peluda de ojos curiosos y grandes orejas asomó por la misma.

En una de sus charlas, antes de la operación, Manuel le había hablado de su perro. Se trataba de un bichón habanero de siete años de edad. Por supuesto Lorenzo, que era amante de los animales hasta el punto de negarse a comerlos o a comprar nada que se beneficiara de su explotación, se había mostrado más que emocionado al respecto. Y se le llegó a escapar que le encantaría conocer al can, más como frase de cortesía que como posibilidad real. Por supuesto, verlo allí en carne y hueso, con ese hociquito que se agitaba al oler a su alrededor, lo enterneció demasiado como para quedarse impasible.

—Esto de que se puedan traer las mascotas de los enfermos es una ventaja. Solo he tenido que decir que es tuyo. Y como me dijiste que echabas de menos a tus gatos, pero a ellos sí que no te los puedo traer...

Dicho esto, se agachó para coger en brazos al animal y lo dejó a los pies de la cama.

—Pórtate bien, *Elton*.

—Ay, *Elton* —repitió Lorenzo, a quien el nombre, que el animal reconoció de inmediato,

le resultó gracioso.

Caminó por encima de las sábanas hasta él, lo olió un poco y bastó que Lorenzo lo acariciara entre las orejas para ganarse su confianza. Segundos más tarde, *Elton* le apoyaba las patas delanteras en el hombro y le lamía toda la cara mientras Lorenzo reía sin parar.

La sesión de mimos terminó cuando empezó a sentirse fatigado. Solo entonces, Manuel bajó de la cama al perro y le pasó a Lorenzo una toalla humedecida para que se limpiara las babas.

—Me habría gustado traértelo antes, pero tenía que ser un día en que no trabajara.

—Pues me ha encantado conocerlo. Es muy mono.

—Como el dueño —replicó Manuel con un guiño.

De nuevo esa sensación de que coqueteaba con él. Lorenzo quiso esquivarla: ya había tomado una decisión y esta no implicaba abrirle la puerta al amor. Así que prefirió dirigir su atención hacia otros derroteros.

—¿Qué más has traído?

—¡Ah, sí!

Manuel le acercó la mesa. Al tenerla al alcance, Lorenzo se tomó la libertad de quitarle la tapa al vaso y quiso llorar de emoción al encontrarse con un humeante chocolate en su interior.

—Te puedes tomar solo la mitad —le advirtió Manuel—. Está hecho con leche de soja, y...

Sin decir nada más, abrió la bolsa de papel y se la acercó también. Al mirar dentro, Lorenzo descubrió un roscón de Reyes en miniatura, no más grande que un donut.

—De ese, también la mitad. Lo he comprado en una cafetería vegana que hay cerca de la plaza de las palomas<sup>[3]</sup>, ¿sabes cuál?

—Claro; allí me compro el café todas las mañanas. Ay, no tenías que haberte molestado.

—No es molestia; no iba a dejar que este año te quedaras sin roscón, ¿no?

Lorenzo rio. Simulaba tomárselo todo con humor pero, en realidad, luchaba con todas sus fuerzas para no mostrarse tal y como se sentía: emocionado y agradecido. Y es que Arantxa y su familia pasaban con él casi todas las fiestas, pero debían volver a Alemania el dos o el tres de enero y Juan siempre pasaba los Reyes con su madre, así que hacía muchos años que no compartía con nadie esa tradición.

Así, mientras charlaban de *Elton*, de los gatos de Lorenzo y de temas sin trascendencia alguna mientras este último daba buena cuenta de sus regalos, logró relajarse lo suficiente como para que la segunda sorpresa de la mañana lo pillara con la guardia baja. Fue por eso que, esta vez, sí que no pudo reprimir las lágrimas.

Unos golpes tímidos interrumpieron la conversación. Curioso, Lorenzo alzó la voz para darle permiso para entrar a quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta, pero nadie la abrió, por lo que Manuel tomó la decisión de ir él. Allí se encontró con un chaval de no más de diecisiete años con pinta de encontrarse fuera de lugar. Y no necesitó preguntar para saber de quién se trataba, pues Juan era la viva imagen de su padre.

—Vienen a verte —anunció Manuel, y precedió al chaval al interior de la habitación.

Juan caminó solo lo necesario hasta que su padre pudo verlo y se quedó allí plantado sin saber qué demonios hacer.

—Hola, papá —murmuró.

—Juanito...

La voz se le quebró. No pudo evitarlo: echaba de menos a su hijo, pero había aprendido a vivir con ello, lo cual no significaba que la alegría de verlo de nuevo no lo abrumara hasta que

casi no pudo soportarlo. Por eso, la emoción le sobrevino antes de que se diera cuenta y, cuando abrió los brazos y Juan fue a abrazarlo sin titubear, explotó en llanto.

Besó a su hijo una y mil veces en el pelo mientras Manuel, en un prudente segundo plano, recogía a *Elton* y se ponía la sudadera y el chaquetón, pues afuera hacía bastante frío.

—Será mejor que me vaya —anunció.

—No hace falta —replicó Lorenzo en un intento de que no se sintiera desplazado.

Nada más lejos de la realidad: Manuel sabía bien que aquellos dos necesitaban una buena charla de padre a hijo, pues Lorenzo ya le había relatado su historia. Él sobraba allí.

—Tengo cosas que hacer —mintió—. No comas más, ¿eh? —Entonces se dirigió a Juan—. ¿Me lo cuidas?

Este asintió con la timidez y extrañeza propias de ver a alguien a quien no conocía tratar a su padre con semejante familiaridad. Y no dudó ni un instante a la hora de hacerle caso y quitarle el vaso de chocolate de las manos a Lorenzo cuando ya se disponía a dar otro trago.

El reencuentro con Juan fue emotivo y tranquilo. Charlaron durante horas, hubo disculpas, excusas y promesas mezcladas con más lágrimas y también hubo risas y recuerdos de cuando todo era más fácil. Juan reconoció haberse asustado de verdad al saber que el estado de su padre había sido muy grave. Por supuesto, fue Arantxa quien se encargó de mantener con él una charla telefónica y ponerle en conocimiento de todo. Lorenzo la llamó por teléfono más tarde, cuando volvió a quedarse solo, y no tuvo suficientes palabras de agradecimiento para ella. Aquello fue algo que le transmitió a Manuel en cuanto volvió a verlo.

Juan regresó al día siguiente, pero Lorenzo tuvo que echar de menos la presencia de Manuel, que no regresó hasta el ocho de enero, de nuevo con su bata blanca. Por suerte, se pasó por allí con tiempo de sobra para charlar.

—Si no llega a ser por ella, supongo que casi nadie se habría enterado —comentaba Lorenzo una vez le había relatado la forma en que Arantxa había logrado ponerse en contacto con casi todos sus amigos y conocidos—. Mira que yo prefería que no se supiera.

—Pero, ¿por qué, Lorenzo? —lo interrumpió Manuel—. ¿Por qué ese empeño? Te habrías pasado aquí solo todas las fiestas y eso es muy triste.

—No soy creyente —explicó, con un encogimiento de hombros—. Me da un poco igual.

—Venga hombre, no me engañas —lo contradijo el otro—. Vi los ojillos que pusiste cuando te traje el roscón.

—¡Normal, con la bazofia que me dan aquí de comer!

Manuel se echó a reír, pero no creyó ni una sola palabra. No hacía falta ser creyente para disfrutar de las fiestas y eso él lo sabía bien. Año tras año, su trabajo lo había apartado de su familia no solo en Navidad, sino en cualquier celebración significativa. Y los echaba mucho de menos. Por eso no le gustaba la forma en que Lorenzo se apartaba voluntariamente.

—No, pero en serio —prosiguió Lorenzo al ser consciente del escepticismo de su amigo—. No habría pasado nada. Yo no quería que dejaran a sus familias para venir a verme a mí. Ha salido todo bien y volveré a la carga dentro de poco; no es que necesitaran despedirse ni nada parecido. ¿Qué, qué pasa?

Lorenzo se había dado cuenta de que Manuel lo miraba fijamente desde hacía un buen rato. Encontró decepción en sus ojos y no entendía el porqué.

—¿Te estás escuchando? —Lorenzo alzó las cejas sin tener la más mínima idea de a qué se refería—. ¿Por qué tienes una imagen tan mala de ti mismo?

—No tengo una imagen mala, es solo que...

—No, sí que la tienes, y parece mentira. Porque tú me dijiste lo mismo a mí aquel día y yo

casi te mandé a la mierda cuando, en realidad, tenías toda la razón del mundo. Pero no hay nada como ver la paja en el ojo ajeno, ¿verdad? Y al parecer tú estás convencido de que no eres lo suficientemente importante como para que tu familia y tus amigos se preocupen por ti.

—¡Y no lo soy!

—Claro que sí. De lo contrario, no habrían venido. Lorenzo, es increíble que no te des cuenta de todo lo que vales. De la gente que te quiere. Eres una buena persona, generoso y altruista, y estoy seguro de que dejarías un vacío muy grande en mucha gente si te ocurriera algo, así que deja de pensar que todos los que han venido a verte han dejado de lado cosas más importantes porque estoy seguro de que en estos días su prioridad has sido tú y sus pensamientos y rezos los han dirigido a ti. ¡Apréciate un poco, por el amor de Dios!

—A ver, es lógico que nadie quiera que se muera un amigo, pero no soy más que uno de entre todos los demás. Mi hijo llevaba meses casi sin hablarme y años soportándome porque no tenía otro remedio. Y lo entiendo; hubo una época en que no pude con todo y lo dejé en segundo plano sin pretenderlo. Es normal que me guardara rencor. Pero no quiere quedarse sin padre, eso también es verdad. Aun así, lo que dices no es cierto. Si yo me muriera, sus vidas seguirían y les bastaría con unos pocos días para olvidarme. No soy nadie especial.

Manuel, que se había tenido que reprimir para no interrumpirle a mitad, llevaba un buen rato aguantando la respiración. Había tomado aire hasta llenarse los pulmones y ahí lo retenía, porque tenía la sensación de que, de soltarlo, lo haría en forma de grito. Logró ser comedido, no obstante, y cuando Lorenzo terminó de hablar expulsó el aire poco a poco. Su gesto, que de normal era siempre amable, tenía un profundo amargor grabado. Con los dientes apretados, la mandíbula tensa y los puños crispados, dio un paso en su dirección y lo miró desde su altura.

—Escúchame muy bien —dijo, y Lorenzo no reconoció el tono de su voz, cargado de una furia apenas contenida—. Hace veintidós años conseguiste que un crío que no sabía ni dónde tenía la cara se enamorara de ti como un bobo y decidiera hacer algo con su vida para poder llegarte a la suela de los zapatos. Tan solo necesitaste un día para eso. Así que no me jodas y no me digas que no eres nadie especial, porque si hiciste eso conmigo puedes hacerlo con cualquiera.

Dicho esto, y sin cambiar la expresión furiosa, Manuel abandonó la habitación y dejó a Lorenzo estupefacto y con el corazón desbocado.

¿Manuel se enamoró de él? ¿Cuándo sucedió? Solo compartieron algunas horas. ¿Cómo podría nadie enamorarse en tan poco tiempo? Sin duda Manuel confundió las cosas aquel día, se dijo Lorenzo, porque no quería aceptar que fuera verdad. No estaba preparado para reconocer que alguna vez en su vida hubiera llegado a calar tan hondo en nadie, mucho menos en un chico al que no conocía de nada. Y, aun así, por poco preparado que estuviese, quiso creerlo porque Manuel empezaba a despertar en él sentimientos que no había albergado nunca antes, ni siquiera hacia Paula. Y si bien no creía posible que Manuel correspondiera a esos sentimientos en la actualidad, saber que los albergó en el pasado era reconfortante. Ahora, supuso, aquello le quedaría muy lejos y el chico que quiso llegarle a la altura de los zapatos creció y creció hasta superarlo y situarse muy por encima. Tanto, que era Lorenzo quien debía mirar hacia arriba para alcanzarlo, cosa que no conseguiría nunca. Y se sintió orgulloso. Orgulloso del hombre en que se había convertido y orgulloso de amarlo aunque fuera en secreto.

Suspiró en la soledad de la habitación y, de una vez por todas, decidió llevarse el secreto consigo. Porque Manuel lo tenía en un pedestal y él no era quién para abrirle los ojos. Mejor que creyera lo que quisiera, que mantuviera esa imagen idealizada y se la quedara cuando Lorenzo volviera a casa. Porque, cuando ese día llegara, sería el último en que lo vería y estaba bien.

Estaba bien.

—Te voy a dar el alta, Lorenzo.

El anuncio llegó la mañana del nueve de enero. Afuera llovía y hacía un frío horrible que traspasaba los cristales a pesar de la calefacción. O quizás fue que la temperatura de la estancia descendió un par de grados tras las palabras de Manuel. Y es que el primer pensamiento de Lorenzo al oírlo fue «no quiero irme».

Juan, que lo había visitado a diario, pasaría con él las siguientes dos o tres semanas para ayudarlo en todo cuanto pudiera mientras terminaba de recuperarse. Necesitaba abrazar a sus gatos y echaba de menos su casa, pero dejar el hospital significaba perder de vista a Manuel y cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo: dejarlo correr. Olvidarlo. Y no quería.

Por eso sus ojos reflejaron la pena durante una fracción de segundo antes de taparse con un manto de disimulo y disfrazarse de felicidad.

—¡Al fin libre! —exclamó, sin creerse a sí mismo—. Lo primero que voy a hacer es comerme unas buenas lentejas con chorizo.

—¡Ni se te ocurra! Además, déjate de coñas, que tú eres vegano.

—Pues sí, y lo seguiré siendo, así que por ahí puedes estar tranquilo.

—No, si lo estoy, porque sé que eres prudente y que vas a hacer caso a tu médico en todo-lo-que-te-diga.

Recalcó cada palabra acompañada de una penetrante mirada de advertencia que le quitó a Lorenzo todas las ganas de desobedecer, si es que albergaba alguna, por mínima que fuera.

—Que sí, que sí —accedió, para dejarlo tranquilo.

—De todas maneras, ya te daré una lista con varias indicaciones y le daré una copia a Juan cuando venga mañana a por ti.

—¿Va a venir Juanito?

—Sí, ayer lo pillé cuando se iba y hablé con él. Creo que no podría dejarte en mejores manos.

—Mejores que las tuyas, imposible.

Manuel le dedicó una sonrisa que con dificultad podría haber dedicado a cualquiera. Con ese gesto, Lorenzo fue consciente de que había vuelto a flirtear con él sin darse cuenta y se imaginó a sí mismo golpeándose la cara, algo que, de no haber estado Manuel delante, habría hecho. Y es que ese rol pícaro y juguetón le salía solo en su presencia, y no podía sino sorprenderse porque no se reconocía del todo. Esperaba que, de nuevo, Manuel esquivara el flirteo como un profesional. Pero se había equivocado. Esa sonrisa, que acompañó de un guiño, demostraba que no lo había esquivado para nada.

—Ya veremos.

Y con esa frase enigmática, dio por concluido su tiempo de visita y se fue.

Si una de las indicaciones que debía seguir era la de no alterarse ni exponerse a emociones fuertes, Lorenzo la desobedeció de pleno. La última frase de Manuel le ocupó la mente el resto del día. Dio vueltas y más vueltas a esas palabras, les trató de buscar sentido y encontró mil significados y ninguno al mismo tiempo, porque dichas sin comérselo con los ojos podrían ser literales y ya está. Que Juan sería buen enfermero, punto. Pero Manuel le había aguantado la mirada y que bajara Dios en ese preciso momento y le dijera que no había habido lujuria en sus ojos. Y anhelo, y deseo y, sí también un poquito de amor. Que fuera cualquier sabio, asceta o filósofo y le jurara que entre los dos no había habido nada en absoluto, porque Lorenzo no lo creería.

Y como aquel día en que Manuel le confesó que nunca se había olvidado de él, Lorenzo volvió a masticar las ideas, a girarlas y a exprimirlas y a querer borrarlas. Pero las ideas eran

más fuertes y persistentes y él deseaba con todas sus fuerzas que no volvieran a irse.

Se dio cuenta entonces que traicionarse a sí mismo cuando su orden auto impuesta iba a resultar tan dolorosa, era más sencillo de lo que parecía. Porque casi todo su ser le decía que no era el momento. Casi todo, menos la parte más importante: el corazón.

Pero las horas vacías nunca son buenas consejeras y Lorenzo tuvo demasiadas para volver a plantearse las cosas una y mil veces.

Que Manuel era un cirujano y él un simple tendero; que ahora debía centrarse en recuperar el tiempo perdido con su hijo; que el propio Manuel le decía una y otra vez que nada de emociones fuertes; que tenía cuarenta y dos años, por el amor de Dios, y una válvula artificial en el corazón y la época de amoríos nuevos se le había quedado atrás; que no tenía la más mínima idea de cómo era querer a un hombre y eso lo acojonaba.

El día siguiente amaneció plomizo. Los años tienden a diluir los recuerdos y esa mañana, al mirar por la ventana, Lorenzo creyó que las nubes eran tan densas como aquel treinta de septiembre de mil novecientos noventa y siete. Nada más lejos de la realidad, ya que afuera no caía sino una tormenta de lo más normal que escamparía en pocas horas sin dejar a su paso más que calles mojadas y paraguas abiertos. Pero claro, todo se ve más oscuro cuando el humor no acompaña.

A primera hora, al llevarle el desayuno, la enfermera le había avisado de lo que ya sabía: que su médico se pasaría a lo largo de la mañana para darle los papeles del alta. También había llamado a Juan, que pretendía saltarse las clases para ayudarlo, lo cual Lorenzo no había visto necesario ya que no se sabía a qué hora aparecería Manuel por allí. Lo tenía ya todo recogido, se habían llevado los monitores a los que había estado enchufado durante su estancia y llevaba puestos los vaqueros y la sudadera con que había ingresado. Tenía ropa limpia gracias a Arantxa, pero de alguna forma sintió que debía salir con el mismo aspecto que con el que llegó. Porque habían pasado muchas cosas que podrían haberle cambiado la vida para siempre, pero seguía siendo él. Y así, con ganas de volver a casa y apenado al mismo tiempo porque dejaba algo importante atrás, esperó con paciencia a que Manuel llegara para despedirse.

Eran más de las dos cuando al fin apareció.

Tenía aspecto de cansado, los ojos enrojecidos y sombra de barba, pero su sonrisa continuaba inmutable.

—¡Buenas! —saludó, y hasta en la voz se le notó el cansancio—. Te traigo los papeles de la condicional.

—La condicional —repitió Lorenzo con sorna.

—Sí, porque si te portas bien y haces todo lo que te ha dicho el juez, o sea, yo, no volverás aquí en mucho tiempo.

Lorenzo rio al tiempo que se sentaba en la que había sido su cama para poder firmar todo lo necesario. Garabateó en cada hoja que Manuel le indicaba, dobló por la mitad las copias que debía quedarse y le tendió a él el resto.

—Pareces cansado —observó, mientras Manuel volvía a guardar los documentos en el sobre en que los había traído.

—Lo estoy, llevo en pie desde..., las siete de ayer.

—¿Desde las siete de la tarde? —se sorprendió Lorenzo.

—No —rio el otro—; de la mañana.

Lorenzo separó los labios al sentir que la mandíbula, de repente, le pesaba algunos kilos más. Con razón estaba tan cansado: llevaba más de treinta horas despierto y ahí seguía. A veces pensaba que los médicos y enfermeros estaban hechos de otra pasta.

—¿Y cuándo terminas?

—A no ser que venga otra urgencia, y ya sería mala suerte, ya he terminado. Quería dejar tu visita para el final y, si te soy sincero, estoy tentado de echarme aquí en cuanto te vayas y quedarme frito.

Lorenzo volvió a reír. Sabía que hablaba en broma, pero bien ganado se lo tendría si decidía cumplirlo.

—¿Sueles hacer guardias tan largas? —quiso saber.

—No, las mías son de dieciséis horas. Pero si entra una urgencia en el último momento, al que le toca operar es a mí, y hace una hora que he salido del quirófano.

—Pero ¿cuánto tiempo has estado ahí metido?

—Pues déjame que piense... —Manuel hizo cuentas mentales con los dedos—. Empecé a las cuatro... unas diez horas.

—Qué pasada. ¿Y tras diez horas operando y dieciséis de guardia estás centrado?

—Tengo que estarlo. La vida de la gente depende de ello.

—Pues es un abuso que tengas que hacer esos turnos. No creo que el hospital deba permitirlo; la actividad de cualquier persona empieza a disminuir después de seis horas de trabajo; poner a alguien que no ha dormido en veinticuatro un bisturí en la mano es una falta de sentido común.

—A ver, hay más cirujanos de guardia además del titular. Si yo o cualquiera de mis colegas vemos que no estamos en condiciones, se llama al siguiente disponible y punto.

—Ya, pero en eso se pierde tiempo.

—No ha habido problemas a ese respecto, al menos aquí que yo sepa. Además, después de una semana de guardia me tocan dos de descanso y lo de esta noche no es habitual, así que compensa. Mi trabajo es ese, darlo todo por mis pacientes, y no puedo pretender que se pongan malos dentro de un turno de trabajo normal de ocho horas y con tiempo suficiente para actuar y volver a casa temprano, ¿no?

—Desde luego. Por eso admiro lo que haces y..., me enorgullece —confesó Lorenzo.

—Pues no sabes cuánto significa eso para mí. Ya te lo dije, ¿no? Tú me inspiraste para llegar hasta aquí. Durante mucho tiempo fuiste mi héroe y te tuve en mi mente como una meta a conseguir. Cada vez que sacaba las mejores notas del curso, pensaba en qué me dirías si lo supieras y, cuando sentía que era demasiado, cuando me faltaban horas en el día para estudiar, volvía a recordarte y renovaba fuerzas. Y ojalá las circunstancias hubieran sido diferentes, pero estoy muy contento de habértelo podido decir.

—Pues yo no lamento las circunstancias. De hecho, me alegro. Lo de mi corazón tenía que pasar y que fueras precisamente tú el que en ese momento estuviera al cargo..., creo que fue cosa del destino. Necesitaba saber que te había ido bien.

—Nunca he creído en el destino, ¿sabes?

—Llámalo entonces casualidad. Una casualidad..., afortunada.

La frase de Lorenzo, dicha entre titubeos porque los claros ojos de Manuel fijos en los suyos le robaban la capacidad de hablar con coherencia, quedó suspendida en el aire, acallada entre los labios que encontraron lo que habían deseado en silencio.

Manuel le tomaba la cara con las palmas de las manos y le hundía los dedos en el pelo. Besaba lánguido, tierno y cansado y quería imprimir unas ganas de él que no le salían, porque de hacerlo explotaría y ya no quedaría Lorenzo para el resto del día. De la semana. De la vida.

Y Lorenzo respondió, aunque le había pillado desprevenido, porque no habían dejado de comerse con la mirada desde que Manuel confesara aquel «claro que me acuerdo» y porque

ambos habían tratado de esquivarse una y otra vez y lo suyo era inevitable.

Aliento contra aliento, con las puntas frías de los dedos de Manuel ahora bajo la camiseta de Lorenzo, ambos se rindieron a lo que habían ansiado sin ser del todo conscientes, y Lorenzo sintió que nunca en toda su vida lo habían besado como ahora. Que no había besado él como besaba a Manuel, con esas ganas, con esa necesidad y las ansias de seguir, de tener más. Ahora, mañana, pasado. Siempre.

E, ironías, fue su corazón el que se interpuso esta vez. El mismo corazón que le palpitaba a mil por hora y que le había hecho olvidarse por completo de que ya había decidido que no se enamoraría de Manuel le recordó que, precisamente eso de latir a mil por hora, no era lo que más le convenía en esos momentos.

Manuel le jadeó en la boca y Lorenzo jadeó a su vez, no porque tuviera un corazón todavía convaleciente sino porque llevaba un buen rato perdido en sus labios y luchando por no empezar a quitarle la ropa. Ambos se separaron después de resistirse a hacerlo. Volvieron a besarse despacio, breves. Manuel le atrapó el labio entre los dientes, lo lamió con la punta de la lengua y lo dejó ir solo lo justo. Se miraron a los ojos, frente contra frente, una sonrisa tatuada donde antes habían chocado.

—Nada de emociones fuertes —le recordó Manuel.

—No ayudas.

—Lo sé.

Una risa traviesa, cristalina. Un último beso y el aire corrió entre ellos no por voluntad propia, sino por prudencia. Manuel le cogió las manos. Estaba sonrojado. Deliciosa e irresistiblemente sonrojado, y Lorenzo se encontraba demasiado agotado, pero no tanto como para perderse el pensamiento de que era el hombre más guapo que había visto jamás.

Iba a hablar Manuel. Titubeaba, le temblaba el labio y apartaba la mirada con una timidez que no había mostrado desde su adolescencia. Pero Lorenzo se le adelantó y, sin saberlo, pronunció las mismas palabras que Manuel no se atrevía.

—Quiero estar contigo.

Y quiso añadir «pero» y enumerar una tras otra todas aquellas razones por las que había decidido que no pasaría lo que acababa de pasar. Pero no lo hizo porque, joder, quería a Manuel y no podía dejar pasar ni un segundo más sin saber adónde los llevaría aquello que acababan de empezar.

—Creí que nunca me lo pedirías.

Las risas y esa frase tan trillada ya en películas de sobremesa diluyeron los nervios de la primera vez, y los dos sellaron con un último beso, calmado y conciso, un rumbo sin dirección establecida. Un destino que ambos iban a comenzar a escribir juntos.

Juan llevaba al hombro la bolsa de deportes con la poca ropa y pertenencias que Lorenzo había acumulado durante su estancia en el hospital. Este último avanzaba con un bastón hacia la salida, donde ya los esperaba un taxi. Todavía pasaría un tiempo antes de que pudiera volver a caminar sin apoyo extra para no fatigarse, pero sabía que volvería a estar a tope antes de que llegara la primavera.

El taxista ayudó a Lorenzo a entrar en el vehículo, abrió el maletero para que Juan metiera la bolsa y se dirigió al asiento del conductor mientras Juan ocupaba la plaza del copiloto. Lorenzo se encargó de comunicarle la dirección y el hombre arrancó de inmediato.

—Eh, papá —lo llamó Juan, y señaló a través de su ventanilla—. Tu novio.

A punto estuvo Lorenzo de pedir al taxista que echara marcha atrás, porque su hijo acababa de darle el susto de su vida y ya no tenía suficiente con una válvula: necesitaba un corazón entero.

—¿Qué?

—Tu novio, que te está diciendo adiós.

Lorenzo volvió la vista atrás y, en efecto, vio a Manuel agitando una mano desde la puerta del hospital. Lorenzo le devolvió el gesto no sin cierta reticencia, azorado por completo al observar que Manuel le tiraba un beso desde la distancia.

—¿Pero cómo sabes tú...? —le preguntó a Juan en cuanto perdieron de vista la puerta y, con ella, a Manuel.

—¡Ah! ¿Entonces sí que es tu novio?

—¡Pero Juanito!

—¿Es o no es?

—Sí... Eso creo.

—«Eso creo». Y luego decís que los chavales no tenemos las cosas claras.

—Es..., complicado. ¿Me vas a decir por qué te has enterado tú de todo esto?

—En realidad, no lo sabía. Estaba a ver si te pillaba, porque el otro día tu novio se puso en plan raro conmigo y me soltó que si no me importaba que te pidiera rollo o algo así.

—¿Eso te dijo? —quiso confirmar Lorenzo, sorprendido e incrédulo a partes iguales.

Desde luego, sabía que Manuel había hablado en privado con Juan, pero se suponía que había sido para darle indicaciones, pues Lorenzo le había comentado que su hijo viviría con él unas semanas para ayudarlo. Por supuesto, no tenía ni la más remota idea de lo otro y, desde luego, dudaba que sus palabras textuales hubieran sido que quería «pedirle rollo».

—Más o menos —replicó Juan—. En realidad me dijo, y te lo digo tal cual: «Igual no lo entiendes. Me gusta muchísimo tu padre y se lo voy a decir, pero lo último que quiero es interponerme entre vosotros dos, por eso si me dices que no quieres ni verme lo dejaré estar».

—¿Y qué le respondiste?

—¿Pues qué le voy a decir? Que mucho no le gustarías si espera la aprobación de un chaval de diecisiete años.

Lorenzo rio con suavidad. Él, al contrario que su hijo, veía los matices en ese gesto. Veía cómo Manuel habría estado dispuesto a hacerse a un lado si su presencia volviera a deteriorar la relación que acababa de retomar. Y lo quiso aún más por ello.

—Entonces... ¿no te parece mal? ¿No te choca que sea un hombre ni nada?

Juan bufó con cierta molestia y se giró en el asiento para encarar a su padre.

—¿Todos los adultos sois así? ¿En plan que necesitáis que los demás os digan lo que está bien o no?

—Solo cuando se trata de algo muy importante y esto lo es.

—Mira, papá —comenzó Juan, con tono de profundo hastío—. Mamá tiene a Emilio y antes que él salió con un par de tíos que casi ni recuerdo. Pero a ti no te he visto con novia nunca y estaba cabreado contigo, pero mamá no paraba de decirme que te llamara, que estabas muy solo. Y entonces la tía Arantxa va y me dice que casi la palmas y pensé que si te morías no habría nadie contigo. Y eso es una putada, porque igual cuando seas viejo yo me habré ido de aquí, igual me pasa como a la tía y acabo trabajando en el extranjero, así que está bien saber que no va a pasar. Ya me da igual si es una mujer o un hombre, me vale con que te cuide. Oye, y encima este debe tener pasta, es todavía mejor.

—¡Y dale con que tiene pasta! Tu tía igual. Como si eso fuera importante.

—No, pero suma puntos.

Lorenzo rodó los ojos y negó con la cabeza.

—Pero no me has contestado al final. ¿Te importa?

—Qué pesadito. No, papá, no me importa que tengas novio. Mis bendiciones y toda la pesca.

Lorenzo le propinó un cariñoso golpe en la cabeza acompañado de una risa que reflejaba hasta qué punto se sentía aliviado. Y es que deseaba con todas sus fuerzas que lo que ahora empezaba a tomar forma creciera y se solidificara. Lo de Manuel, lo tenía muy claro, no era un enamoramiento pasajero y quería hacer las cosas bien. Por eso, porque esperaba que se convirtiera tarde o temprano en una parte sólida de su vida, necesitaba saber que podría hacerlo junto a aquellos que ya estaban en ella. Porque ahora, después de doce años solo, la palabra «familia» volvía a cobrar sentido para él y la soledad ya no se le antojaba tan liviana.

Con ese pensamiento en mente, decidió dar el siguiente paso y escribirle a Manuel un mensaje para invitarlo a cenar.

—Papá —llamó Juan más tarde, mientras lo ayudaba a subir las escaleras de casa—. Pero hacedme el favor y dejad los besuquesos para más adelante, ¿eh? Que bastante tuve ya con mamá y Emilio.

—Anda, tira para arriba, que hoy te ganas una colleja de verdad —respondió su padre entre risas mientras intentaba ocultar que, en realidad, le iba a ser difícil acceder a esa petición.

Mientras, en su bolsillo, el teléfono móvil se iluminaba con una respuesta en la pantalla:

«Allí estaré, rey. Te quiero».

Lorenzo necesitó sentarse y descansar. Nada de emociones fuertes, se recordó. Sí; iba a ser difícil cumplirlo.

Querido lector, querida lectora:

¡Gracias por llegar hasta aquí! Apreciaría mucho un minuto de tu tiempo si quisieras dejar tu valoración en Amazon o Goodreads.

---

[1] En Alicante, Valencia y otras localizaciones del litoral mediterráneo español, «teta» se usa como apelativo cariñoso hacia las mujeres, principalmente dentro del núcleo familiar. Hay quien utiliza «tata» en su lugar, y su equivalente masculino es «tete».

[2] Nombre por el que conocen todos los alicantinos al edificio Montreal debido a su forma similar a una pirámide. Está considerado en blogs de arquitectura como uno de los edificios más feos de España.

[3] Nombre por el que la mayoría de alicantinos se refieren a la plaza de Calvo Sotelo, debido a la cantidad de palomas que hay en ella.

## Acerca de la autora:



Nacida en Alicante a finales de 1980, malagueña de adopción desde 2004, Ami Mercury quiere llegar al corazón de sus lectores con historias cotidianas, tiernas y un poco picantes.

Tras probar suerte en su adolescencia con un relato corto y fantasear con un caballero del zodiaco o dos, Ami empezó a escribir sus propias historias poco después. Desde entonces, ha publicado varios relatos autoconclusivos en Amazon y una novela, «Fast Food», de la mano de Ediciones El Antro.

Papel y pluma aparte, Ami se presenta como una *gamer* más bien torpe, patinadora ocasional, gatera a tiempo completo, adicta al *ramen* y, por supuesto, fan de Queen hasta el tuétano.

### Redes sociales:

Facebook - <https://www.facebook.com/groups/1569763019765936/>

Instagram - @amimercuryescritora

Twitter - @amichanita